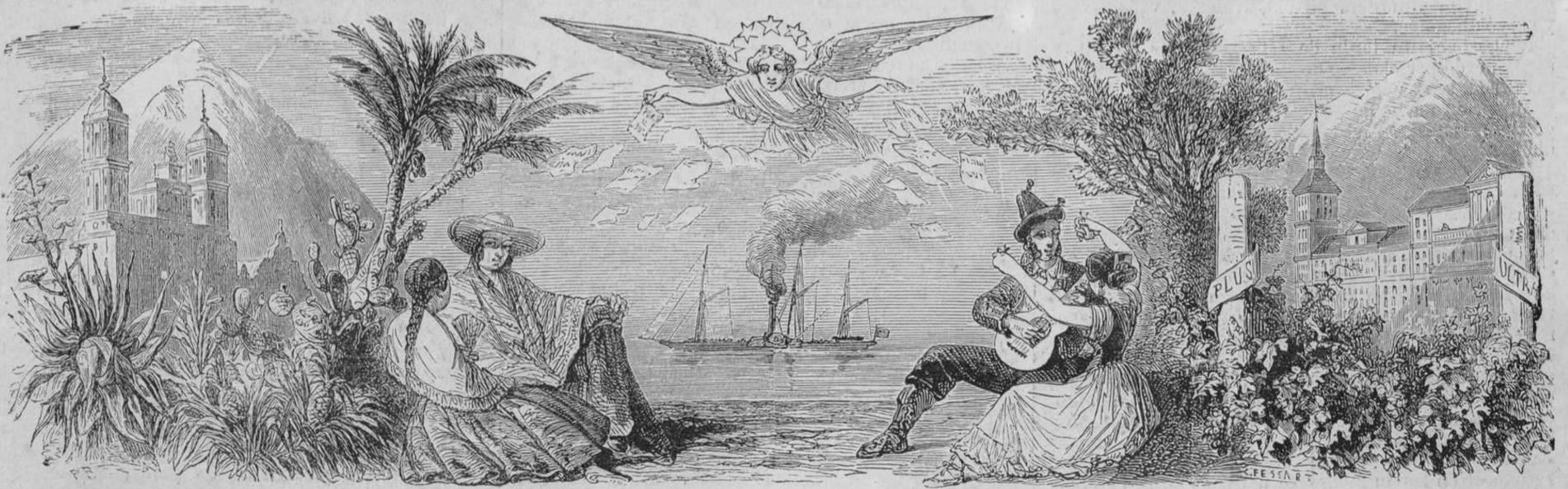


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — Tomo XIV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saulnier num. 4, en Paris.

AÑO 18. — N° 341.

SUMARIO.

Ataque y toma de San Fermo por las tropas de Garibaldi; grabado. — Una historia de carnaval. — Revista de Paris. — Las operaciones del cuerpo de Garibaldi; grabados. — Buques franceses visitando los buques sospechosos en el Adrático; grabado. — Los sucesos de Breescia; grabado. — Un capricho. — El 3° de zuavos en Palestro; grabado. — La luna y el lirio. — Partes oficiales de la batalla de Magenta; grabados. — Una cacería india. — El emperador en la aldea de Triviglio; grabado. — Casas de la aldea de Buffalora destruidas por el cañon; grabado.

UNA HISTORIA DE CARNAVAL.

(Continuacion.)

IV.

EN EL TEATRO REAL.

Quando nuestro héroe salió de Capellanes llovía á cántaros. Lanzarse á pié por medio de las calles, cuyos arroyos cubrian de acera á acera, hubiera sido una loca temeridad. Juan, que habia estrenado aquella noche botitos de charol, no quiso que el agua sucia y cenagosa de las calles empañara el brillante esplendor

de su calzado. Ajustóse pues con un vehículo para que le trasladase al Teatro Real.

Despues de esperar largo rato á que desocuparan los carruajes que antes que el suyo habian llegado, cuando le tocó su turno, apresuróse á bajar, pagó al cochero, penetró en el pórtico y se dirigió incontinentemente al guardarropa para entregar el abrigo á cambio de una tarjeta de carton con el correspondiente número.

Antes de entrar en el salon, procedió á calzarse los guantes, operacion que le ocupó por espacio de media hora, y que le hizo sudar como si se hallara bajo el influjo del sol de julio.

Concluida que fué, dirigió una mirada á su traje, estiró el chaleco, arregló la corbata, pasó el pañuelo por el sombrero y se dirigió al salon.



ATAQUE Y TOMA DE SAN FERMO POR LAS TROPAS DE GARIBALDI.

Al levantar la pesada cortina que cerraba la entrada quedó deslumbrado. Abarcó en una sola mirada aquel inmenso gentío, y tuvo miedo de lanzarse en medio de aquel mar de seres vivientes: resonó en sus oídos el sordo y discordante rumor de aquellas voces chillonas, desentonadas, y temió quedarse sordo: aspiró aquella atmósfera pesada, ardiente, vertiginosa, y creyó ahogarse.

Repuesto algún tanto de esta primera emoción, y aguijonado por el deseo de encontrar á su desconocida del Prado, se decidió á cruzar, aunque inexperto marino, por en medio de aquellas olas, de aquella marea creciente, en busca del faro de salvación ó sea su beata del Prado.

Media hora después Juan se hallaba bajo la araña grande, cruzado de brazos, extasiado con el espectáculo que presenciaba, prestando atento oído á las bromas que oía dar en torno, admirando las máscaras que por su lado pasaban, queriendo descubrir á través de sus caretas si eran jóvenes ó viejas, feas ó hermosas; enviando al afortunado que veía convertido en caballero reverente de alguno de ellas, y esperando con sin igual impaciencia que llegase el ansiado momento en que también él pudiera pasear triunfalmente por entre aquella muchedumbre, á la vista de aquellos galanes, en derredor de aquellos palcos enajados de gente, su prometida pareja, su beata ó su dominó, aquel dominó y aquella beata que creía ver y reconocer en cuantas beatas y dominós tropezaba al paso, cuya mirada creía reconocer en las miradas que á través de la careta le dirigían, pero cuya vana ilusión se desvanecía al verlas pasar indiferentes ó silenciosas sin saludarle siquiera con el acostumbrado « ¡Te conozco! »

V.

LA BROMA.

Ya comenzaba nuestro héroe á impacientarse con la tardanza en el cumplimiento de la cita que para aquel sitio le habían dado; ya empezaba á creer si su beata le habría dado una broma del tiempo, si habría querido burlarse de él, cuando reparó en una máscara de mediana estatura, vestida con un traje elegante y caprichoso, que parada á algunos pasos de él, le miraba con extraña fijeza.

La tenaz insistencia de su mirada parecía dar á entender que le conocía, y su actitud expectante, como que aguardaba á que el bueno de Juan le dirigiese la palabra. Dudoso estaba este en acercarse ó no á la máscara, cuando esta mas resuelta se llegó á él y le dijo entre enojada y satisfecha:

— No merecias siquiera que te diera las buenas noches.

— No sé por qué me dices eso, máscara, replicó el provinciano medio aturdido con aquel abordaje.

— ¿Tan mudada estoy que ya no me conoces?...

— Como no te veo la cara...

— Pues otras veces bien me has conocido aun cuando como ahora llevase careta.

— Que yo te he visto otras veces...

— Y me has hablado... y me has acompañado.

— Máscara, tú te equivocas... me tomas por otro...

— ¡No! te conozco bien... hace mucho tiempo que nos tratamos... que nos conocemos... demasiado íntimamente quizá para que yo pueda haber olvidado tu fisonomía.

— Te aseguro, máscara, que para mí eres completamente desconocida.

— ¡Desconocida! ¡ja! ¡ja! ¿Tendrás la pretension de embromarme? Te recordaré, pues que parece lo has olvidado, que es esta la segunda vez que usas conmigo de esta estratagema. La primera te salió bien porque habia cerca de nosotros una persona que yo no quería se enterase de nuestra amistad, pero lo que es ahora no sucederá así. Dame el brazo.

Juan hizo un movimiento que indicaba su repugnancia á acceder á la pretension de la desconocida, pero esta ó no reparó en él ó aparentó no haberlo visto. Apoyó pues su brazo en el del provinciano, y le dijo con acento un sí es no es imperioso:

— Vamos á dar una vuelta: tengo que hablarte.

— ¿Qué tendrá que decirme? pensaba Juan interiormente no comprendiendo nada de lo que le sucedía. De seguro que esta máscara me confunde con algun otro... ¡Y parece bonita!... ¡Diantre! si la acompaño voy á faltar á la cita de la beata... Por otra parte, ¿porqué no aprovechar esta ocasión?... Váyase al diablo la beata...

Una vez en tan buen camino, Juan olvidó sus dudas, rechazó toda vacilación, y dejándose llevar de su afición á la desconocida, se entregó en cuerpo y alma á la nueva aventura que se le presentaba.

La máscara por su parte tenia buena traza: parecía joven: el indiscreto raso de la careta dejaba ver de cuando en cuando parte de unas mejillas sonrosadas; en cuya superficie no habia aun impreso la edad arruga alguna; su talle, aunque no delgado y flexible, presentábase redondo y bien conformado: entre las gasas que rodeaban el cuello veíase la piel blanca y tersa de una garganta sonrosada que dejaba presentir nuevos encantos; á través de los agujeros de la máscara veíanse brillar dos pupilas negras llenas de juventud y de vida: por bajo de la falda de raso asomaba al andar ese breve pié aprisionado en un zapato de raso blanco y calzado con una media de seda color de carne,

que es propiedad peculiar de las hijas de la antigua Bética.

No sabemos si Juan hizo estas observaciones, pero de seguro que aunque novicio, no se escaparían á su penetración. Así pues, entregóse por completo y sin reserva á la nueva conquista que creía entrever en lontananza, y que quizás tenia fundamento para juzgarla tal en vista de la conversacion que seguian hacia breves momentos.

Como á nosotros no nos interesan los medios sino los efectos, abandonaremos por una hora á nuestro provinciano, al que volveremos á encontrar en el intermedio ó descanso.

VI.

EN UN PALCO.

Son las tres y media de la mañana.

Juan y la máscara sentados frente á frente en uno de los palcos principales del Teatro Real se ocupan en despachar la cena con que nuestro protagonista ha querido obsequiar á su desconocida.

El rostro del provinciano aparece radiante de satisfacción: el de la máscara no podemos decir nada porque conserva la careta.

La conversacion es un tanto lánguida, lo cual sin duda debemos atribuir á la cena y al cansancio natural en hora tan avanzada.

Uno de los camareros del ambigü entra en el palco y presenta á Juan la cuenta del gasto que ha hecho. Este paga: el mozo recoge el servicio y se retira.

Una vez solos, Juan se coloca al lado de la desconocida, se apodera de una de las manos que esta le abandona, y trata de reanudar la interrumpida conversacion.

— Espero, máscara, la dice, que seas mas amable, que accedas á lo que hace una hora te estoy suplicando. Si es verdad que me amas, si estás convencida de que yo no he olvidado el cariño que te juré un día, ¿porqué no hemos de volver á vernos? ¿Porqué desaprovechar la casualidad que nos ha reunido cuando menos lo esperábamos?

— Juan, no te empeñes en lo que no puede ser: tengo un marido en extremo celoso... que á todas partes me sigue... que donde quiera me espia... suspicaz hasta el infinito... Si llegara á saber que estaba aqui... contigo...

— No temas, yo seré discreto...

Y por este estilo continuaron la máscara y Juan: insistiendo el uno, negando la otra... pero negando como quien desea conceder.

Y ahora tiempo es ya de que expliquemos á nuestros lectores lo que entre la máscara y Juan habia pasado, qué habian dicho, qué recuerdos habian sacado á luz, y qué relaciones mediaban entre ambos.

Juan no la conocía, no la habia visto nunca, jamás la habia hablado.

Pero como Juan era en extremo dado á aventuras, y como entendiera que la máscara lo confundía con algun otro, habiase resuelto á fingir que él era de quien se trataba.

De esta manera supo que él habia sido un amante predilecto de la máscara en tiempo en que esta era soltera y bonita.

Que se habian amado mucho.

Que después se habian separado.

Que los papás de ella (siempre lo mismo) se habian opuesto á aquellos amores.

Que la carrera de él por un lado, y un cambio de destino por parte del padre de ella les habian separado.

Que antes de la separacion habian cambiado juramentos y prendas.

Que estas prendas eran una sortija que él habia dado á la máscara, y el consabido mechón de pelo, trenzado, perfumado y envuelto en un papel color de rosa que ella le habia regalado.

Que en los primeros meses de la separacion se habian escrito largas y tiernísimas epistolas.

Que luego él la habia olvidado y habia dejado de escribirla.

Que llevada del despecho é impelida por su padre habia consentido en casarse con otro.

Que este otro, mal aconsejado sin duda, la habia traído á Madrid.

Que una amiga la habia llevado aquella noche al baile donde habia tenido la fortuna de hallarlo, etc., etc.

Como se ve, la novela era por demás original y piñante para que nuestro héroe no se decidiera á representar en ella el papel que la equivocacion de la máscara le destinaba.

Hizolo así, juró y perjuró que la adoraba, maldijo de los padres que casan á sus hijas contra su voluntad, enojóse contra el marido que no conocía, y por último tomó un palco y la convidó á cenar para ver si conseguía que se quitase la careta.

No logró su objeto, y variando de rumbo la pidió una cita. Resistióse ella como ya hemos visto, y al fin á vueltas de súplicas y de ofrecimientos y demás que es consiguiente en tales casos, ella le dió un pañuelo cuya marca era un verdadero é indescifrable jeroglífico para Juan, y este la entregó su cartera, en donde revuelto con algunos papeles insignificantes y tarjetas, iba un billete de quinientos reales que el bueno de Juan en el colmo de la dicha y en la embriaguez de su aventura se olvidó de recoger.

Por fin acabó el baile: la gente abandonó el salon, que ya la máscara habia abandonado, y Juan se retiró á su casa soñoliento y cansado, pero loco de alegría porque en las últimas palabras la máscara le habia ofrecido volverlo á ver.

Señal de esto seria la devolucion de la cartera, en una de cuyas hojas iria escrito el sitio, día y hora en que habian de volverse á ver.

VII.

TRES DIAS DESPUES.

Han pasado tres dias desde la aventura de Juan.

El provinciano dominado por la curiosidad de saber quiénes eran sus máscaras, no ha comido, no ha bebido, no ha descansado.

De su casa al Prado, del Prado á Capellanes, de Capellanes al Teatro Real: esta ha sido la vida de Juan durante el lunes y martes de carnaval.

Nuestro héroe ha preguntado á sus compañeros, ha referido sus aventuras, ha hecho la descripción de los trajes de sus máscaras; ha buscado, ha preguntado; pero nadie le ha dado razon de ellas.

A pesar de esto no ha perdido la esperanza de adquirir noticia de las tales. Confía en su estrella: confia tambien en la palabra de su pareja del coliseo de Oriente.

Cuando le asaltan varos temores de una burla, la voz interior de su vanidad le tranquiliza.

No hay como la vanidad para cegar los ojos á la evidencia y el pensamiento á la razon.

La esperanza de Juan se va agotando: el carnaval se halla próximo á su fin.

Son las tres de la tarde del miércoles de ceniza.

Juan se ocupa en su cuarto en dar la última mano á su tocador.

Nadie, segun confesion de Antoñita su patrona, ha venido á preguntar por él. El correo interior no le ha traído ninguna carta.

Cada campanillazo que escucha, le parece ser el anuncio de la vuelta de su tarjetero ó cartera; pero cuando desolado sale en busca de este talisman, hijo de Ariadna cuyo extremo figura estar en manos de su conquista, hallase con el aguador ó con la criada, ó con otra persona cualquiera, cuya presencia le causa el mismo efecto que el que debió causar á Teseo la vista del Minotauro.

Decidido á hacer el último esfuerzo toma su sombrero, abandona el cuarto y se dirige al Prado.

Aquel paseo á pesar de la gente, de las máscaras, de los carruajes, del ruido y de la animacion, se le aparece á Juan solo, silencioso y desierto.

Aquel paseo le recuerda su aventura primera, su beata, la conversacion de esta, la cita á que no acudió, y por apéndice el coste del carruaje, el alquiler del dominó y el importe del billete. Dinero y atenciones y tiempo desperdiciado, sacrificado en aras de su veleidad fantástica, malgastados inútilmente por seguir á una sombra que se le ha escapado de entre las manos, dejándole por todo recuerdo una cita engañosa que acaso nunca cumplirá, y llevándose en cambio un billete de quinientos reales que de seguro no volverá á ver.

Como en el Teatro Real Juan se para delante de todas las máscaras; como allí, quiere descubrir el rostro á través de la careta; como allí, espera un « te conozco, » que nunca llega á resonar en sus oídos.

Empujado por la muchedumbre que no se cuida ni repara en él, da vueltas y paseos por el Dos de mayo, contempla distraido los extravagantes disfraces que se agitan en torno, y escucha las bromas dadas en voz alta, sin que apenas consiguen los chis es ó verdades que en rededor suyo se lanzan arrancar á sus labios una fugitiva sonrisa.

La tarde va declinando: lanza el sol sus últimos rayos desde el horizonte, iluminando con rojizos reflejos los tejados de los edificios, las cimas de los árboles y las nubecillas ligeras y blanquecinas que flotan en el espacio.

Las máscaras se agitan y corren de grupo en grupo, de carruaje en carruaje, de persona en persona reparando sus últimos sarcasmos mas acerados, mas ciertos, mas ingeniosos que cuantos han dicho en los dias anteriores.

El carnaval agoniza. Las sombras del crepúsculo comienzan á cubrir el paseo.

El ruido y la animacion se van disipando.

La gente se dispersa.

Juan ve en esta confusion apagarse las últimas llamaradas de su esperanza, semejante á una lampara moribunda.

Va presintiendo en su imaginacion el convencimiento de haber sido burlado.

Mohino y cabizbajo abandona el paseo y encamina sus pasos por la calle de Alcalá.

Pero está de Dios que el provinciano ha de ver satisfechas todas sus esperanzas carnavalescas, todas sus aspiraciones aventureras, todas sus ilusiones amorosas.

Al salir del Prado una máscara se le acerca: en el traje que la cubre Juan cree reconocer á su conquista del Teatro Real.

En efecto, es ella: en sus manos está la cartera tan esperada; nuestro héroe la reconoce al primer golpe de vista.

La máscara se acerca á Juan, y muda y silenciosa le

muestra unas palabras escritas con lapiz en una de las hojas de la cartera.

Juan coge esta con la misma ansia que el naufrago se coge a la tabla de quien espera su salvacion.

A la incierta luz del crepusculo intenta leer lo escrito, y no sin trabajo consigue descifrar estas palabras:

Esta noche, á las ocho, en tu casa.

Cuando Juan radiante de júbilo y de placer alza la vista para dar gracias á su desconocida, esta ha desaparecido y no ve en torno suyo mas que las caras tristes ó alegres, para él indiferentes, de las personas que abandonan el paseo para retirarse á sus casas.

(Se continuará.)

Revista de Paris.

El domingo último se cantó un *Te Deum* solemne en la catedral de Paris en presencia de la emperatriz regente, con motivo de la victoria de Solferino. S. M. estaba acompañada por el príncipe imperial, la princesa Clotilde y la princesa Matilde. Todos los altos cuerpos del Estado asistían á la ceremonia. Ofició Su Eminencia el cardenal arzobispo de Paris, y la solemnidad se terminó con el « *Domine, salvem fac imperatorem.* »

Se hicieron salvas de artillería á la salida de S. M. del palacio de Tullerías y á su llegada á la catedral, así como tambien á su salida de la catedral y á su regreso á Tullerías.

Formaban en la carrera la guardia nacional, la guardia imperial y diferentes cuerpos de tropas del ejército de Paris.

Por las calles una crecida muchedumbre esperaba el paso del cortejo. Todos los balcones llenos de gente se hallaban adornados con banderas y trofeos militares. Al presentarse la emperatriz con el príncipe imperial, resonaba por todas partes un inmenso grito de entusiasmo. El coche de S. M., cubierto y lleno de ramilletes ofrecidos por la guardia nacional, marchaba sobre flores. La emperatriz, conmovida con esta ovacion, saludaba á la muchedumbre.

En todas las iglesias de Francia tuvo lugar aquel día la misma ceremonia que en la catedral de Paris por la victoria de Solferino.

Se ha contado esta semana en Paris un lance dramático cuyo desenlace tendrá sin duda lugar ante los tribunales.

Una joven casada hace año y medio, y á quien daremos á conocer con el nombre de Adelaida, era citada entre las personas mas elegantes de los altos círculos de Paris, como un modelo de gracias y de virtudes. En los salones figuraba como una de las reinas de la moda.

Su marido la permitía que hiciera grandes gastos para sus trajes y adornos; pero á vuelta de esto era sumamente celoso, y movido por sus desconfianzas, estrechaba mas y mas cada día el círculo de las relaciones de su esposa.

Adelaida se habia visto obligada á romper con muchas amistades.

Con su buen carácter habia soportado estas exigencias sin quejarse demasiado, hasta que recibió la orden de no ver mas á una amiga íntima, una compañera de colegio á quien quería entrañablemente.

Fácil es de adivinar el motivo de esta prohibición: la señora en cuestion tenia un hermano joven, amable y de hermosa presencia, llamado Alberto, que habia prodigado siempre muchas atenciones á Adelaida.

El celoso marido quería suprimir de una vez aquellas relaciones que tanto le alarmaban, y como Alberto vivía con su hermana, habia prohibido severamente á su mujer que pusiera los pies en aquella casa bajo ningun pretexto.

Si los maridos no son perfectos, en cambio hay pocas mujeres dotadas de una paciencia á toda prueba y de una sumisión sin límites.

En esta ocasion Adelaida comenzó á sublevarse sordamente contra la autoridad conyugal que hasta entonces habia respetado.

Su cariño á su amiga se exaltó con este golpe inesperado, y juzgó que el sacrificio era muy superior á sus fuerzas, y que le seria imposible vivir sin aquella amistad que databa de sus mas tiernos años.

Preciso fué poner en planta una astucia.

Fingiendo que se sometía á la decision conyugal, interrumpió durante algun tiempo aquellas relaciones; pero así que el momento la pareció oportuno, escribió á su amiga diciéndola que al día siguiente iría á visitarla, y que pasaría con ella toda una tarde para reparar con una larga conversacion y muchas confidencias el tiempo que su amistad habia perdido.

Efectivamente, á la hora fijada, Adelaida se dirigió á casa de su amiga secretamente, en un coche de alquiler y con todas las precauciones imaginables.

Introducida en las habitaciones, entra guiada por el criado en un gabinete donde encuentra solo al joven Alberto.

Sorprendida y confusa, pregunta por su amiga.

— No está en casa, responde Alberto.

— ¿Cómo puede ser? ¿No sabe Vd. si ha recibido una carta mía? En ella la anunciaba que vendría hoy á visitarla.

— Mi hermana ha salido á los baños hace algunos días.

— En ese caso, no comprendo que no me hayan prevenido, y que me hayan introducido aquí.

— Sin duda una equivocación... repuso con acento cortado Alberto, que no quería confesar la verdad.

El caso es que él habia leído la carta dirigida á su hermana, y habia dado orden al criado para que no la dijera al presentarse que estaba ausente.

Adelaida no tenia que hacer mas que retirarse, pero Alberto la habló de su hermana, y con esta conversacion la detuvo algunos minutos.

Pero hé aqui que de repente se oye una voz en el cuarto contiguo.

Esta voz hizo temblar á Adelaida.

Un criado anuncia á Alberto que un caballero pregunta por él y quiere hablarle.

— ¿Cómo se llama?

El criado presenta una tarjeta.

Adelaida, que ha leído el nombre, murmura con una voz sofocada por el terror:

— ¡Mi marido!... Estoy perdida.

Efectivamente él era; habia espiado á su mujer, y habia tomado las precauciones convenientes para sorprenderla.

Sin esperar la respuesta para su introduccion, abre la puerta estrepitosamente y aparece en la sala.

Alberto se quedó consternado; Adelaida se arrojó á los pies del esposo, que con una calma aparente la pidió explicaciones de lo que estaba viendo.

Adelaida contó lo que habia pasado, pero su marido no creyó una palabra de lo que ella dijo; no quiso creer que solo era culpable de haberle desobedecido con la intencion de hacer una visita á su amiga. Donde no habia mas que una falla ligera, él se empeñó en ver un paso criminal, y preciso es convenir en que todas las apariencias hablaban contra Adelaida.

Si no hubo desafio entre los dos hombres, es porque el marido se resolvió á entablar una demanda de separacion ante el tribunal competente.

La temperatura tropical que tenemos este año en Paris hace que la emigracion parisiense á la campiña que rodea á esta gran poblacion sea mas considerable aun que de costumbre.

Dos jóvenes artistas que habian vendido sus pinturas colocadas en la Exposicion de bellas artes, resolvieron alquilar una casa situada en un pueblecillo en las inmediaciones de Saint-Cloud, á las márgenes del Sena, que habian habitado el verano último, y que en el actual no habian tomado por falta de recursos.

Con este fin se dirigieron á visitar la casa; pero hé aqui que al llegar á ella observaron que no estaba vacía.

— Hemos llegado tarde, dijo uno de ellos, el que se llamaba Federico.

— No hay duda ninguna, respondió el otro, que se llama Julio.

— ¿A quién la habrá alquilado nuestro casero?

— Quizá la habita él.

— No es probable. El año pasado le pagamos con una exactitud sorprendente en nosotros, á decir verdad, y los alquileres constituyen una buena parte de la renta de que dispone para vivir. Alguien le habrá ofrecido ochenta ó cien francos mas que nosotros, y habrá cerrado el trato sin prevenimos siquiera. El dinero todo lo corrompe en nuestros días.

— Amigo mio, repuso Julio, déjate de reflexiones filosóficas, y tratemos de saber cuál es el enemigo que se ha introducido en nuestra casa.

— Veamos pues.

Y llegaron hasta la puerta de la habitacion rústica, en cuyos umbrales vieron una criada ocupada en mondar legumbres.

— ¿Se alquila esta casa? preguntó Julio.

— No, señor; mi amo la tomó el mes último, y no la dejará hasta octubre.

— Es imposible, exclamó Federico.

— ¡Imposible! repitió la criada con asombro; ha hecho un arrendamiento por tres años.

Los dos amigos se quedaron atónitos.

El amo de la casa, atraído por aquel ruido de voces, salió al umbral con paso solemne. Su retrato estará hecho con decir que era un tendero de comestibles retirado.

— ¿Qué es esto? preguntó á su criada; ¿qué buscan aquí esos señores?

— Desean saber si esta casa se alquila, respondió la criada.

— No, señores, repuso el comerciante con aire de importancia; este asilo campestre me pertenece por tres años, como consta de una escritura hecha en regla.

Y habiendo dicho esta frase con los ademanes mas cómicos, saludó muy afable á los parisienses y se ocultó en su asilo campestre.

— Vámonos, dijo Federico; tengo un plan soberbio.

— Y yo, dijo Julio, tengo una idea triunfante.

Cuando se hallaron á corta distancia de la casa, continuaron su coloquio en estos términos:

— Amigo mio, dijo Julio, seríamos dos idiotas si renunciáramos á nuestra casa. A mí me es tan indispensable como el aire que respiro. No podría trabajar en otra.

— Pues á mí me sucede lo mismo, y apuesto á que tu idea es hermana de mi plan.

— Dime cuál es tu plan.

— Dime cuál es tu idea.

— Tratemos de expulsar de la habitacion al necio comerciante por una serie de astucias bien combinadas que le hagan cedernos su arrendamiento á buenas condiciones. ¿Qué te parece?

— Bien.

— ¿Y cuando principiamos?

— Inmediatamente.

Federico y Julio tenían una porcion de amigos en la alegre banda de la juventud artística de Paris, y hubieron de reclamar su auxilio para llevar á cabo la conspiracion que tramaban contra el comerciante.

Al siguiente día uno de los pintores, vestido de toda ceremonia, frac negro y corbata blanca, se presentaba en casa del personaje en cuestion, y le explicaba el objeto de su visita de este modo.

— Caballero, soy secretario del alcalde del pueblo, y vengo á decir á Vd. que su conducta privada es un escándalo público en el pueblo que me cabe la honra de representar.

El comerciante dió un brinco en su sillón.

— Tenga Vd. la bondad de oirme en silencio, repuso el orador. Está Vd. señalado como uno de los hombres mas inmorales que existen en nuestra época. Se me asegura que en su casa de Vd. hay reuniones de mujeres en cuya compañía envilece Vd. sus canas. Tenga Vd. mucha cuenta con lo que digo; que no se renueven tales escándalos, porque en otro caso me veré en la dura necesidad de expulsar á Vd. de nuestro virtuoso territorio.

El supuesto secretario se despidió dejando atónito al comerciante. Pero aun no habia vuelto de su estupefaccion, cuando se presentó un guarda-bosque á declararle que tenían los ojos fijos en él, porque se decia que entraba á cazar por la noche en los bosques del Estado.

Estos dos rasgos bastan; el comerciante viéndose señalado en el pais, rescindió su escritura y abandonó su casa, que fué tomada inmediatamente por los dos artistas.

MARIANO URRABIETA.

LAS OPERACIONES

del cuerpo de Garibaldi.

El primer dibujo de este número representa el ataque de San Fermo, que fué el principio de los ataques contra las posiciones austriacas. — Nada hay comparable, dice una correspondencia que tenemos á la vista, al prestigio que ejerce Garibaldi entre los italianos. Anima á todos los que le ven y á los que le siguen. Su nombre está en todas las bocas, en todos los corazones. Se halla presente en todas partes. Su retrato, grabado ó litografiado, se encuentra en los palacios, en las casas, en las chozas. El que le ve se considera dichoso. Los ojos vivos y penetrantes de ese héroe están fijos en un punto: nada le preocupa si no es la Italia. La Italia es su madre patria; la ama, la defiende, quiere que sea libre, y para él no existe el peligro. Es el soldado de la victoria; la muerte no le alcanza porque su obra no está terminada todavía.

Otro dibujo damos que representa el ataque nocturno de Laveno por el cuerpo de Garibaldi. — Hé aqui lo que dice sobre este combate un parte fechado en Berna el 4º de junio:

« El general Garibaldi, ó cuando menos un fuerte destacamento de su cuerpo de voluntarios, salió de Como y llegó el 30 por la tarde delante de Laveno, plaza fortificada que se encuentra en la orilla del lago Mayor. En seguida comenzó el ataque y duró toda la noche.

» Ayer por la mañana se retiraron las tropas de Garibaldi para comenzar de nuevo el ataque por la tarde. La lucha ha continuado durante la noche. »

El ataque no tuvo resultado; pero otro parte de Berna del día 9 anunció la evacuacion de Laveno por los austriacos, que abandonaron la plaza y sus víveres clavando los cañones. Seiscientos cincuenta se refugiaron en Suiza por la mañana, y fueron internados.

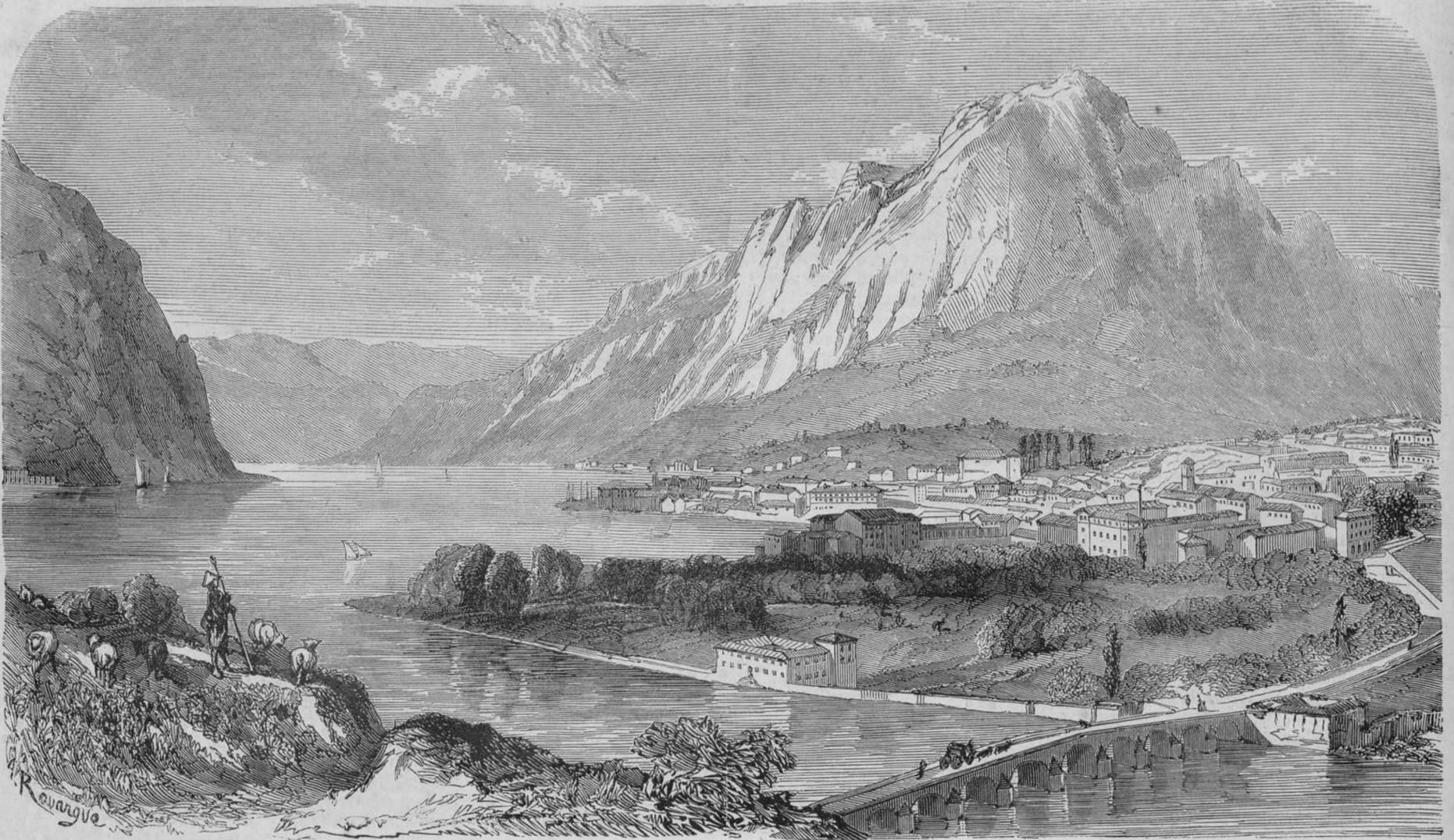
Por último, una carta de Castagneto de fecha 16 de junio da las siguientes noticias sobre las últimas operaciones de Garibaldi:

« En la noche del 14 al 15, el general Garibaldi se dirigió á Bettolletto con parte de sus fuerzas, é hizo construir allí un puente sobre el rio Chiese, en reemplazo del que hace poco tiempo han destruido los austriacos. A fin de conservar sus comunicaciones con Brescia, situó el resto de sus fuerzas en Rezzato y Trepointi con orden de que hiciesen frente á los enemigos. Estos ocupaban la posicion de Castenodolo en gran número y tenían avanzadillas muy cerca, con las cuales trabaron en seguida los voluntarios un tiroteo. Algunas compañías del regimiento de cazadores de los Alpes, á las órdenes del coronel Medici, atacaron reciamente las avanzadas austriacas que se retiraron. Los voluntarios fueron persiguiéndolas, y llevados de su audor llegaron hasta Castenodolo, donde los austriacos cayeron en masa sobre este puñado de bravos, tratando de envolverlos. Estos, al ver el peligro que corrían, se replegaron rápidamente.

» El general Garibaldi acadió á toda prisa á socorrerlos y consiguió recobrar sus antiguas posiciones, haciendo sufrir graves pérdidas al enemigo. Tambien han sido notables las suyas: unos 400 muertos y heridos.

» Aquella misma mañana, para apoyar el movimiento del general Garibaldi, habia mandado el rey á la 4ª division que tomara posicion en Santa Eufemia y San Paolo, pueblos situados en los caminos que de Brescia conducen á Lonato y Castenodolo. Al saber el general Cialdini el combate que tenía lugar, se dirigió á Rezzato con parte de su division, á fin de auxiliar á Garibaldi en caso de necesidad. Los austriacos no pasaron de Civilanghe y Trepointi; al contrario, se retiraron en seguida, evacuando además á Castenodolo. Un escuadrón de caballería ligera de Novara reconoció al siguiente día por la mañana los lugares, vió que los austriacos habian abandonado la aldea y entró en ella poco despues. Oyó entonces la explosion de la mina con que los austriacos han hecho volar el puente situado sobre la Chiese en frente de Montechiari.

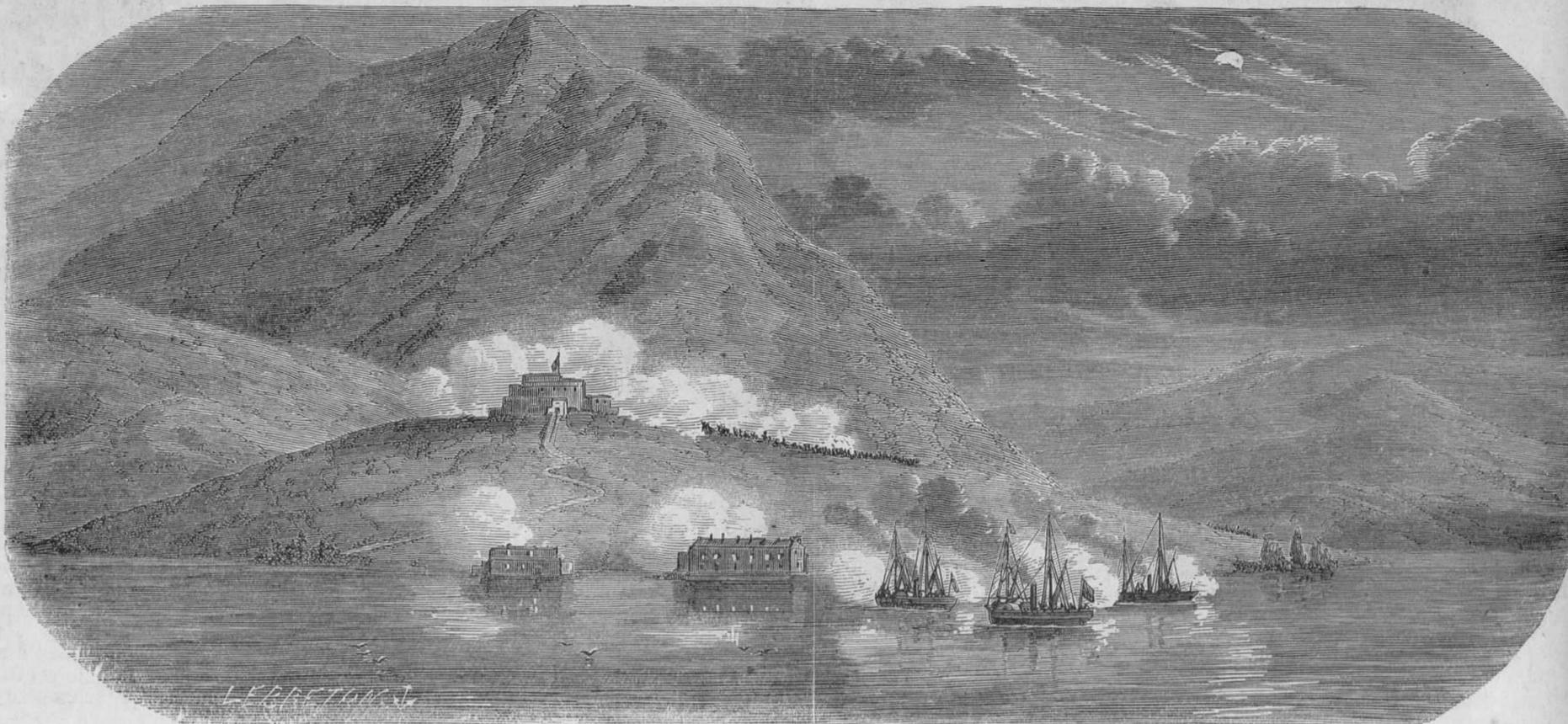
» La noche anterior, los austriacos habian destruido el puente que el general Garibaldi hizo construir en Bettolletto; pero ha mandado este que se construya otro y ya está acabado. »



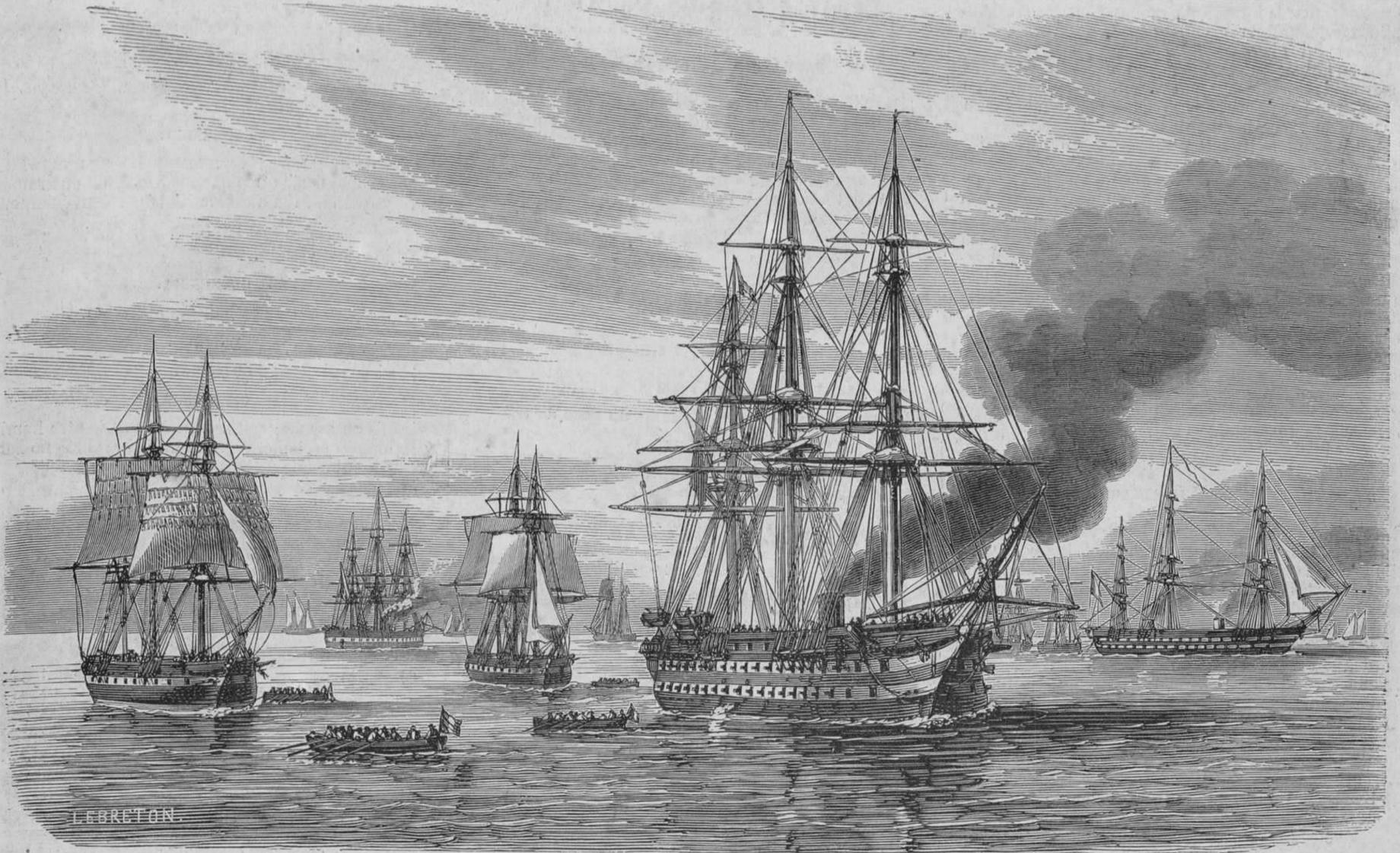
VISTA DE LECCO EN EL LAGO DE COMO.



ATAQUE POR EL RADETZKI, DELANTE DE LAS ISLAS BORROMEAS DE UN CONVOY DE MUNICIONES DESTINADO A GARIBALDI.



ATAQUE NOCTURNO DE LAVENO EN EL LAGO MAYOR, POR LAS TROPAS DE GARIBALDI.



EL EYLAU, EL NAPOLEON Y EL IMPETUEUX Á LAS ORDENES DEL CONTRA-ALMIRANTE FRANCIS JURIE DE LA GRAVIERE VISITANDO LOS BUQUES SOSPECHOSOS EN EL ADRIATICO.

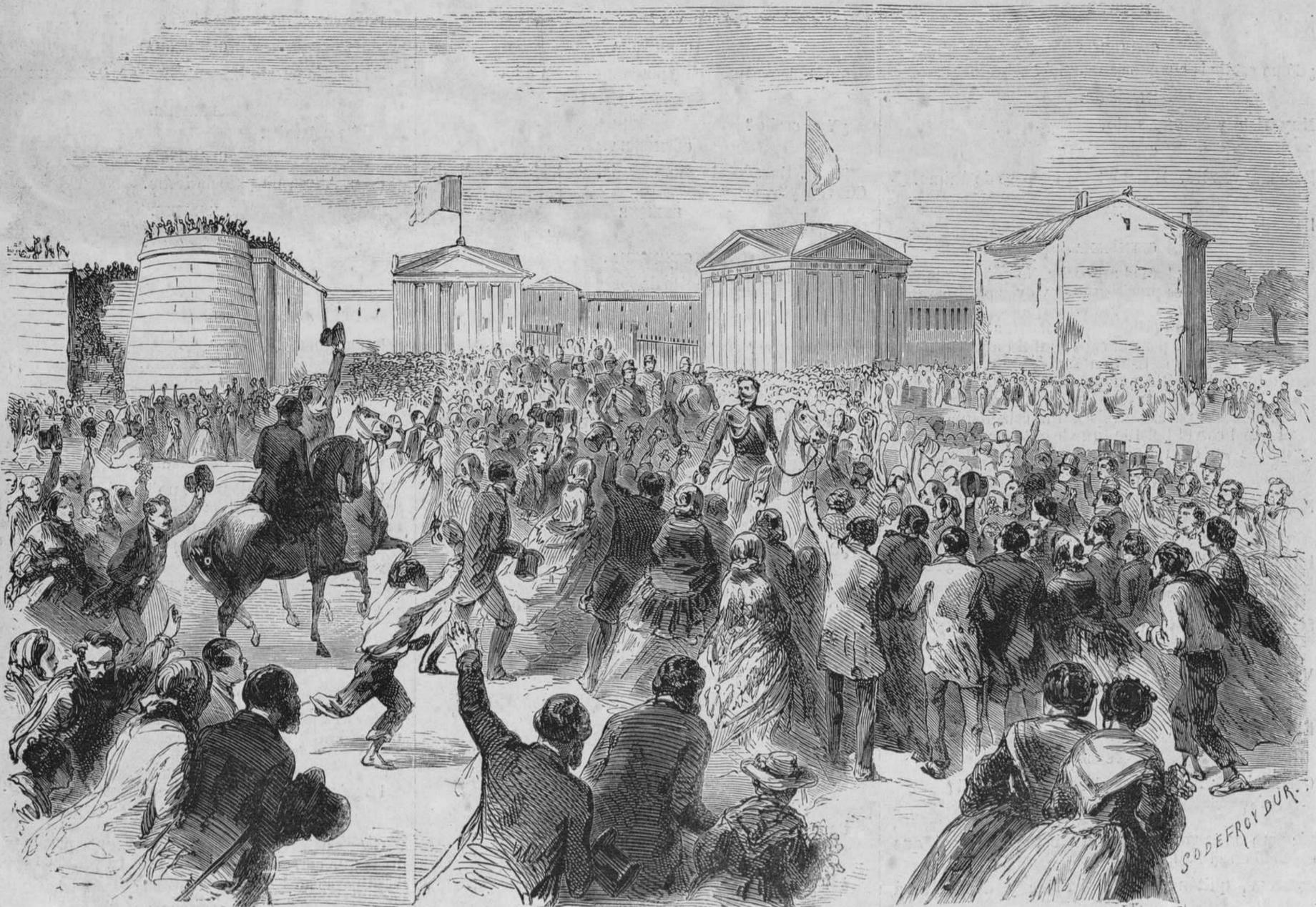
Los sucesos de Breſcia.

Con fecha 13 de junio escriben de Breſcia lo siguiente: « El toque de rebato que llamaba el 13 á los ciudadanos de Breſcia á combatir contra los austriacos ha electrizado á la poblacion. Veíase llorar á algunos jóvenes porque no tenían fusiles; otros que estaban

tambien sin armas se apoderaron de palos y guadañas.

» Garibaldi á la cabeza de su tropa y nuestra guardia nacional fué en persecucion del enemigo. Este movimiento belicoso de los habitantes de Breſcia ha conmovido á Garibaldi, que á su regreso ha publicado la proclama siguiente:

» Ciudadanos de Breſcia :
 » La acogida hecha á los cazadores de los Alpes es una nueva prueba de vuestro entusiasmo patriótico.
 » El sublime espectáculo que presenta vuestra ciudad es digno de vuestro antiguo renombre.
 » Al acudir hoy presurosos al primer grito de alarma con los cazadores de los Alpes, habeis demostrado,



ENTRADA DEL REY VICTOR MANUEL EN BRESCIA POR LA PUERTA DE SAN JUAN, EL 17 DE JUNIO DE 1859.

que celosos guardadores de la independencia, estábais decididos á defenderla y consagrarla con vuestra sangre. ¡Gloria á los brescianos!

» Los enemigos que aun recorren vuestras cercanías no son soldados que amenazan vuestra ciudad, sino fugitivos que para abrirse paso dejan por donde pasan huellas de su execrable dominación.

» Ciudadanos de Brescia y vosotros habitantes de las campiñas! ya ha llegado el momento de combatir en nombre de vuestros hermanos muertos en el campo de batalla y de continuar vuestras brillantes tradiciones de gloria.

» A la rabia del enemigo, obligado á abandonar para siempre estas bellas comarcas, oponed el valor del sacrificio; volad á aumentar las filas de los voluntarios; que nada os sea costoso para reconquistar vuestra libertad.

» La bandera tricolor, ídolo antiguo de nuestros corazones, ondea sobre vuestras cabezas y os ordena el amor de la patria y la abnegación. Que los victoriosos ejércitos franco-italianos, al libertaros de vuestros enemigos, os encuentren dignos de su glorioso concurso.

» Brescia 13 de junio de 1859.

» General GARIBALDI.

» El comisario de S. M., BERNARDINO BLANCHI. »

El rey Victor Manuel hizo en Brescia una entrada triunfal el 17 de junio. El soberano del Piamonte fué recibido en la ciudad lo mismo que el emperador, con tales trasportes de alegría, dicen las correspondencias, que es imposible formarse idea de ello. El suelo estaba cubierto de flores y hojas de laurel, y al desfilar los soldados eran cubiertos de flores y follaje. Los balcones de muchas casas estaban cubiertos de vistosas colgaduras de damasco encarnado con franjas de oro. Las iluminaciones eran maravillosas. Es sabido que Brescia es la segunda ciudad de la Lombardia y que fué saqueada el 1.º de abril de 1849 por orden del general Haynau, el mismo cuyo nombre va acompañado en la historia con el de la hiena de Hungría, y el que durante la Exposición universal de 1851, habiendo sido conocido en las calles de Londres, fué silbado y atropellado por el pueblo que quiso arrojarse al Támesis, como lo hubiese hecho, á no haber intervenido la fuerza armada.

UN CAPRICHIO.

POR M. ALFREDO DE MUSSET.

(Continuacion).

MATILDE.

No lo sé.

CLEMENCIA.

¿Cómo estábais cuando se marchó?

MATILDE.

Muy triste y él muy serio.

CLEMENCIA.

Entonces vendrá. Os hará falta un poco de ánimo.

MATILDE.

Hablad.

CLEMENCIA.

Vestíos de prisa y tomad mi coche. No quiero que vayais al baile, pero es preciso que al volver aquí parezca que habeis ido. Direis al cochero que os lleve á cualquiera parte, á los Inválidos ó á la Bastilla. El paseo no os divertirá mucho, pero al cabo y al fin aquí tampoco estais muy divertida. Está entendido, ¿no es verdad? Ahora tomad el bolsillo y envolvedle en este papel; voy á poner las señas. Bien: está hecho. A la esquina de la calle mandareis parar, direis á mi criado que traiga aquí el papel con el bolsillo, que le entregue á un criado y que se vaya sin ninguna explicacion.

MATILDE.

Pero decidme cuál es vuestro plan.

CLEMENCIA.

Imposible, aun no lo tengo bien pensado. ¿Teneis confianza en mí?

MATILDE.

Sí, amiga mía.

CLEMENCIA.

Vamos pronto, llega un coche.

MATILDE.

El es; oigo su voz en el patio.

CLEMENCIA.

Corriendo; ¿hay una escalera falsa por aquí?

MATILDE.

Sí; pero no tengo nada en la cabeza; no creerá que he estado en el baile.

CLEMENCIA, quitándose su guirnalda y dándosela á Matilde.

Tomad, os la pondreis en el carruaje. (Vase Matilde.)

ESCENA VII.

CLEMENCIA, sola.

¿De rodillas! ¡Matilde, de rodillas! ¿Y ese caballerito la niega lo que pide? Una mujer de veinte años, hermosa como un ángel. ¡Pobre criatura, que pide como un favor que se dignen aceptar un bolsillo que ella ha hecho, en cambio de otro hecho por la Blainville! El corazón del hombre es un abismo. ¡Ah! Seguramente, una mujer vale mas que un hombre. (Se sienta y toma un folleto sobre la mesa. Llamán á la puerta un instante despues.) Adelante.

ESCENA VIII.

CLEMENCIA, ENRIQUE.

CLEMENCIA, leyendo con aire distraido.

Buenas noches, conde; ¿quereis un poco de té?

ENRIQUE.

Muchas gracias, no acostumbro á tomarlo. (Se sienta y mira en su derredor.)

CLEMENCIA.

¿Qué tal el baile?

ENRIQUE.

Así así; ¿no estábais vos?

CLEMENCIA.

No; pero al cabo decidí á Matilde y ella estará ahora.

ENRIQUE.

Os chanceais.

CLEMENCIA.

¡Cómo! Disimuladme, estoy leyendo un artículo de una Revista que me interesa mucho. (Pausa. Enrique inquieto se levanta y se pasea.)

ENRIQUE.

¿De veras Matilde está en el baile?

CLEMENCIA.

De veras; yo la estoy esperando.

ENRIQUE.

Me extraña, no queria salir...

CLEMENCIA.

Cambió de idea.

ENRIQUE.

¿Porqué no fué con vos?

CLEMENCIA.

Sin duda porque yo no puse empeño en ello.

ENRIQUE.

¿Y el coche?

CLEMENCIA.

Se ha llevado el mio. — ¿Habeis leído esto, M. de Chavigny?

ENRIQUE.

¿Qué?

CLEMENCIA.

Un artículo muy bonito de Jorge Sand sobre los orangutanes.

ENRIQUE.

¿Sobre qué?

CLEMENCIA.

Sobre los orangutanes. ¡Ah! no, me equivoco; no es de ella, es el que sigue... cosa divertidísima.

ENRIQUE.

No comprendo la idea de ir al baile sin prevenirme. Yo habria podido traerla á casa.

CLEMENCIA.

¿Os gustan las novelas de Jorge Sand?

ENRIQUE.

No me gustan. — Pero ¿cómo es que yo no la he visto?

CLEMENCIA.

¿La Revista? Estaba encima de la mesa.

ENRIQUE.

Os burlais de mí, segun veo.

CLEMENCIA.

Quizá; ¿de qué estais hablando?

ENRIQUE.

De mi mujer.

CLEMENCIA.

¿Me la habeis dado á guardar?

ENRIQUE.

Teneis razon, disimuladme. Voy á buscarla.

CLEMENCIA.

Os quedareis una hora en la fila sin poder entrar.

ENRIQUE.

Es verdad; la esperaremos en casa. (Se acerca á la chimenea y se sienta.)

CLEMENCIA.

¿Sabeis que me sorprende mucho una cosa? Creí haberos oido decir que dejábais á Matilde enteramente libre y que ella iba á donde tenia por conveniente.

ENRIQUE.

Ya lo estais viendo.

CLEMENCIA.

Lo que veo es que os habeis enfurecido.

ENRIQUE.

¡Yo! Eso sí que no es cierto.

CLEMENCIA.

Estais en ascuas; confieso que os creia otro hombre, y hablando seriamente, si lo hubiera sabido no habria prestado mi coche á Matilde.

ENRIQUE.

Nada de eso; al contrario, os agradezco que se lo habeis prestado.

CLEMENCIA.

No, no me lo agradeceis, estais incomodado. A decir verdad, creo que si ha salido ha sido por encontraros en el baile.

ENRIQUE.

Me gusta; entonces, ¿porqué no vino conmigo?

CLEMENCIA.

Eso la dije yo; pero las mujeres tenemos caprichos; no queremos una cosa y luego decimos que sí. ¿Pero de veras no tomáis té?

ENRIQUE.

No, me hace daño.

CLEMENCIA.

Pues dadme á mi una taza.

ENRIQUE.

¿Cómo?

CLEMENCIA.

Que me deis á mí. (Enrique se levanta y llena una taza que ofrece á Clemencia.) Muy bien. ¿Qué noticias corren esta noche?

ENRIQUE.

Nada sé; si no tomáis el té se enfriará.

CLEMENCIA.

No habeis puesto bastante azúcar. Dadme un terroncito.

ENRIQUE.

Será un jarabe.

CLEMENCIA.

Bien. Ahora un poco de leche.

ENRIQUE.

¿Estais satisfecha?

CLEMENCIA.

Una gota de agua caliente. ¿Está ya? Venga la taza.

ENRIQUE, presentando la taza.

Bueno estará.

CLEMENCIA.

¿Y porqué?

ENRIQUE.

Porque está frio y tiene mucho azúcar.

CLEMENCIA.

Entonces si no vale nada, no le quiero. (Enrique está en pie con la taza. Clemencia le mira y se rie.) ¡Dios mio! Me divierte el veros tan aburrido. (Enrique arroja el té á la chimenea; luego se pasea por la habitacion, y dice de mal humor.)

ENRIQUE.

A fe mia, soy un necio.

CLEMENCIA.

Nunca os habia visto celoso hasta esta noche.

ENRIQUE.

Os engañais; no me gusta que nadie se incomode por mí; ¿cómo quereis que sea celoso?

CLEMENCIA.

Lo sois por amor propio como todos los maridos.

ENRIQUE.

Ocurrencias de mujer. Celoso por amor propio es una frase que corre en todas las bocas. La gente es bien severa para con los pobres maridos.

CLEMENCIA.

No tanto como con las pobres mujeres.

ENRIQUE.

Todo es relativo en este mundo. ¿Se puede permitir que las mujeres vivan bajo el mismo pie que nosotros? De ninguna manera: hay mil cosas muy graves para las mujeres, y que no tienen la menor importancia para un hombre.

CLEMENCIA.

Como verbigracia, los caprichos.

ENRIQUE.

Los caprichos, bien dicho está. Seguramente un hombre puede tenerlos, y una mujer...

CLEMENCIA.

Los tiene á veces. ¿Creéis que un vestido de seda es un talisman que preserva de los caprichos?

ENRIQUE.

Es una barrera que debe contenerlos.

CLEMENCIA.

A menos que no sea un velo que los cubra. Oigo ruido; es Matilde.

ENRIQUE.

Imposible, no son las doce aún. (*Sale el criado y entrega un paqueto á M. de Chavigny.*) ¿Qué es esto?

EL CRIADO.

Lo acaban de traer para el señor conde. (*Vase. Chavigny abre el papel que contiene el bolsillo de Matilde.*)

CLEMENCIA.

¿Será otro regalo? A estas horas me parece muy significativo.

ENRIQUE.

¿Qué bolsillo es este? ¡Eh, Francisco! ¿quién ha traído esto?

EL CRIADO.

No sé; el portero lo ha subido.

ENRIQUE.

¿Y no había nada más? ¿Alguna carta?

EL CRIADO.

No, señor.

ENRIQUE.

¿Hacia mucho que lo había recibido el portero?

EL CRIADO.

No, señor, lo habían traído ahora.

ENRIQUE.

¿Quién?

EL CRIADO.

No lo sabe.

ENRIQUE.

¿Cómo que no lo sabe? ¿Fue un hombre ó una mujer?

EL CRIADO.

Un lacayo con librea, pero no le conoce.

ENRIQUE.

¿Está abajo el lacayo?

EL CRIADO.

No, señor; se marchó al instante.

ENRIQUE.

Sin decir nada.

EL CRIADO.

Nada absolutamente.

ENRIQUE.

Está bien. (*Vase el criado.*)

CLEMENCIA.

Os van á echar á perder, amigo mío.

ENRIQUE.

No comprendo una palabra de lo que me sucede.

CLEMENCIA.

No hagais el inocente.

ENRIQUE.

Os juro que no adivino el misterio. Debe ser un error.

CLEMENCIA.

¿No están las señas en el papel?

ENRIQUE.

Es verdad; y no conozco la letra.

CLEMENCIA.

¿Se puede ver un poco?

ENRIQUE.

Quizá cometo una indiscreción: tanto peor para quien se expone á ella. Mirad... no obstante creo haber visto alguna vez esa letra.

CLEMENCIA.

Y yo también. Observad estas rayas tan finas. ¡Oh! La dama está educada á la inglesa.

ENRIQUE.

Cualquiera creería que la conocéis.

CLEMENCIA, con una confusión fingida.

¡Oh! No por cierto. (*Enrique sorprendido la mira, y luego continúa paseándose.*) ¿En que estábamos de nuestra conversacion? — Me parece que hablábamos de los caprichos. El obsequio llega oportunamente.

ENRIQUE.

Vamos, confesadme que estais en el secreto.

CLEMENCIA.

¡Cuánta torpeza hay en este mundo! Yo en vuestro lugar ya habria adivinado.

ENRIQUE.

Sed franca, decidme quién es.

CLEMENCIA.

Yo me imagino que es la de Blainville.

ENRIQUE.

Sois implacable; ¿sabeis que al cabo reñiremos?

CLEMENCIA.

Puede que sí; pero no esta noche.

ENRIQUE.

¿No queréis ayudarme á descifrar el enigma?

CLEMENCIA.

¡Bonita ocupacion! Dejemos eso. Luego lo adivinareis cuando esteis soló.

ENRIQUE.

¿No hay más té? Quisiera tomar un poco ahora.

CLEMENCIA.

Voy á prepararlo. — Decid que no soy buena.

ENRIQUE.

Vaya, no lo adivino.

CLEMENCIA.

¿Estais resuelto pues á no pensar en otra cosa? Entonces me marchó.

ENRIQUE.

¿Es tan singular el lance!

CLEMENCIA.

Os repito que debéis las gracias á la de Blainville. Despues de haber reflexionado sobre el color de su bolsillo, arrepentida os envía otro.... Quizá es otra cosa; quiere hacer una prueba, quiere ver si llevais este ó el suyo.

ENRIQUE.

Elijo este; es el único medio de saber quién le ha hecho.

CLEMENCIA.

No comprendo: es muy profundo para mí.

ENRIQUE.

Supongo que la persona que me ha enviado este bolsillo le ve mañana en mis manos; ¿creéis que pueda yo equivocarme?

CLEMENCIA, riendo.

Ja, ja, ja, ja. Me gusta la idea.

ENRIQUE.

¿Sois vos? (*Pausa.*)

CLEMENCIA.

Aquí teneis el té, y preparado por mí blanca mano estará un poco mejor que el que me habeis ofrecido hace un instante. ¿Qué miradas son esas? ¿Me tomáis por una carta anónima?

ENRIQUE.

Vamos, confesad que sois vos, y que en esto hay algun enredo.

CLEMENCIA.

No.

ENRIQUE.

Os lo suplico.

CLEMENCIA.

Digo que no.

ENRIQUE.

¿Con que no cedéis á mis ruegos?

CLEMENCIA.

Pedídmelo de rodillas y os lo diré.

ENRIQUE.

Corriente, de rodillas.

CLEMENCIA.

Vamos, que no se quede en dicho.

ENRIQUE.

Me inclino pues. (*Se arrodilla riendo á los pies de Clemencia.*)

CLEMENCIA, con tono seco.

Me gusta esa postura; pero os aconsejo que os levanteis, pues si no me voy á enternecer demasiado.

ENRIQUE, levantándose.

No me direis nada, ¿no es verdad?

CLEMENCIA.

¿Teneis ahí el bolsillo azul?

ENRIQUE.

No lo sé, creo que he de tenerle.

CLEMENCIA.

Yo también lo creo. Dádmele y os diré quién ha hecho el otro.

ENRIQUE.

¿Lo sabeis?

CLEMENCIA.

Sí.

ENRIQUE.

¿Es una mujer?

CLEMENCIA.

A menos que no sea un hombre, no veo...

ENRIQUE.

Quiero decir si es una mujer bonita...

CLEMENCIA.

A vuestros ojos pasa por la más bonita de París.

ENRIQUE.

¿Morena ó rubia?

CLEMENCIA.

Azul.

ENRIQUE.

¿Por qué letra principia su nombre?

CLEMENCIA.

Dadme el bolsillo de la Blainville.

ENRIQUE.

¿Es alta ó baja?

CLEMENCIA.

Dadme el bolsillo.

ENRIQUE.

Decidme por lo menos si tiene pequeño el pié.

CLEMENCIA.

¿El bolsillo ó la vida!

ENRIQUE.

¿Me direis su nombre si os doy el bolsillo?

CLEMENCIA.

Sí.

ENRIQUE, sacando el bolsillo azul.

¿De veras?

CLEMENCIA.

De veras.

(*Enrique vacila, Clemencia alarga la mano y él la mira con atención. De repente se sienta á su lado y la dice con alegría:*)

ENRIQUE.

Hablemos de caprichos. ¿Sosteniais que una mujer puede tenerlos?

CLEMENCIA.

¿Quién lo duda?

ENRIQUE.

Nadie; pero puede suceder que un hombre casado tenga que hablar de dos maneras, y aun tenga que obrar de dos maneras.

CLEMENCIA.

Sí, pero ¿y la cuestión del bolsillo?

ENRIQUE.

Un hombre casado es un hombre; la bendición no puede cambiar su naturaleza, pero le suele obligar á desempeñar ciertos papeles. Lo preciso en el mundo es saber á quién uno se dirige, si es á la persona real ó al personaje de comedia.

CLEMENCIA.

Comprendo, todo depende de la elección... pero dadme el bolsillo.

ENRIQUE.

Una mujer de entendimiento, que sabe tantas cosas, no puede engañarse sobre el carácter verdadero de las gentes. Debe adivinar á la primera ojeada...

CLEMENCIA.

En fin, ¿os quedais con el bolsillo?

ENRIQUE.

¿Qué empeño! — Una mujer de entendimiento debe saber tratar al marido y al hombre... Reparo en una cosa; ¿dónde está el adorno de flores que llevábais en la cabeza?

CLEMENCIA.

Me le he quitado porque me incomodaba... Se me ha soltado la trenza... (*Se levanta y se arregla el pelo al espejo.*)

ENRIQUE.

Teneis un talle divino. Una mujer de entendimiento como vos...

(Se continuará.)



EL 3º DE ZUAVOS EN PALESTRO, EL 31 DE MAYO DE 1859. Copia de un dibujo del Sr. Pontremoli, adquirido por S. M. el emperador.

La luna y el lirio.

En el mundo se pierde un tesoro,
se pierde la ambición y la mentira
y la crueldad; pero en el horóscopo
de la vida está escrito que no se
haya de perder un dolor.

(Roque BARCIA.)

Astro de paz que silencioso y mustio,
Cual vaga imágen de perdida gloria,
Del negro monte en la erizada cresta
Lento apareces;

Tú que los campos y los mares vistes
De vaporoso, indefinible encanto,
Luz de las tumbas, del misterio amiga,
Cándida luna;

¿De dónde viene esta inquietud que pruebo
Cuando en el sueño universal te encumbra
Y tu alma faz embelesado miro?

¿Tú también penas?

Como atraído por imán celeste
Hacia tu disco temblador me siento...
¿Eres tal vez el corazón de un ángel?
¿Amasme acaso?

Tú me recuerdas las fugaces horas
En que trepando á los floridos cerros,
Tocarte ansiaba, tras de tí corría...
Niño inocente.

¡Oh! si pudiera á tu región serena
Ir y en sollozos dilatarme á solas
Y mis dolores confiarle inmensos!...

¿Párate, luna!

¡Ah! no me atiendes... Vagoroso canto
Sonó en el eter y espiró en los ecos,
Y suspiraron las dormidas flores...

Luna, ¿qué quieres?

¿O el arpa fué de mensajero alado
Que en la pureza del eden ungió,
A revelarme de tu amor descendiendo
Dulces secretos?

¡No es ilusión! que de su tenue paso
Siento el susurro, y palpitando el alma
Lánguidamente, con afán espera
Su ósculo tierno.

¡No es ilusión!... A su rociado aliento
La verde selva por tu luz bordada,
Del mar las ondas y apacible ruido
Triste remeda...

Venga, y tendiendo sus fragantes alas
Sobre mi ardiente y agitado pecho,
Placer divino al corazón embriague,
Calma y frescura.

¿Qué melodía en mi interior percibo
De santo bechizo y de ternura lleno!
Bañan mi frente celestiales auras...

¡Oigo tu acento!

— «Entrado apenas en juventud ¡oh bardo!
Triste mujer, de liviandad esclava,
Te vió, te amó; su porvenir, su vida
Paso en tí solo.

» De las pasiones el torrente ciego
A su regazo te lanzó un instante...
Y arrebatado como sombra huíste...
¿No de su alma!

» Quedaste en ella con sublime angustia,
Pábulo dando al misterioso fuego,
Que en su desierto corazón ardía...
¿Miseria jóven!

» Y solitaria en languidez profunda
Se consumía, divagando inquieta
Entre delirios, cual si en todas partes
Tú la llamaras.

» Por tí la noche comprendió en que estaba,
Por tí del cielo distinguió las vías,
Por tí á esperanzas despertó inmortales...
¿Por tí fué libre!

» En el olvido feneció del mundo...
¿Ni un pensamiento á consagrarle fuíste!
Dios su piedad le consagró infinita...
¿Dios entró en ella!

» Marcha, le dijo á la apagada luna,
Donde tus culpas en destierro expies,
Hasta que el hombre á quien amaste un día
Llore y te ame.

» ¿Jamás oíste en la quietud nocturna
Sordo gemir de corazón errante?
¿Pues era el suyo que tu amor buscaba!
¿Oyesle ahora?

» Allá del mar en la escabrosa orilla
Su cuerpo yace en escondida gruta,
A cuya entrada solitario crece
Púdico lirio.

» En su corola á reposar descendiendo,
Mientras la luna el horizonte gira,
Préstale arrullo las hirvientes olas;
Mécela el viento.

» ¿Tu corazón abandonado muere?
A orar vé allí, y encontrarás consuelo...
¿Allí su tierno corazón te espera!

¿Lloras!... ¿Me amas! —

Ella... se fué... ¿Qué angelical tristeza
Deja en mi seno!... Con velado rostro
La corva luna al Occidente umbrío
Trémula cae...

¿Sueño ó verdad lo que escuché sería?
Solo no estoy en mi vigilia inmensa?
¿Un corazón que á mi ansiedad responda!

¡Ay!... no lo creo.

G. LAVERDE RUIZ.

Partes oficiales de la batalla de Magenta.

Insertamos á continuación los partes oficiales de los jefes de la guardia imperial y de los cuerpos 2º, 3º y 4º del ejército de Italia sobre la memorable batalla de Magenta, que con los demás documentos de esta especie, que recogemos cuidadosamente en nuestras columnas, formarán en ellas la historia mas verídica y exacta de los grandes hechos de la conquista de la independencia italiana:

PARTE DEL GENERAL JEFE DE LA GUARDIA IMPERIAL.

En el puente de San Martino, el 5 de junio de 1859.

Señor:

En cumplimiento de las órdenes de V. M., la segunda brigada de granaderos de la guardia, mandada por el general Wimpffen, salió de Trecate el 4 de junio á las ocho de la mañana para ir á ocupar la cabeza del puente de San Martino, que se encontraba evacuada por los austriacos. Estos, al efectuar su retirada la víspera, habian intentado volar el puente del Tesino; pero esta operación se habia frustrado, y aunque dos arcos quedaron muy deteriorados, todavía estaban en disposición de que pudieran pasar los infantes y aun la artillería haciendo algunas reparaciones.

Los granaderos pasaron el puente y fueron á reconocer la márgen opuesta, donde el enemigo no presentaba mas que pocas fuerzas.

A las diez de la mañana, la brigada del general Clerc, dos escuadrones de cazadores de á caballo de la guardia, á las órdenes del general Cassaignolles, tres baterías de artillería rodada y otras dos de artillería montada, se pusieron en marcha de Trecate á la cabeza del puente de San Martino, adonde llegaron las tropas á las once y media.

En este momento hubo algunos cañonazos y tiros de fusilería entre los austriacos y dos batallones del general Wimpffen, apoyados por una sección de artillería rodada. Los tiradores austriacos y algunas piezas que habian descubierto fueron rechazados hasta el otro lado del Naviglio. A cosa de la una de la tarde ordené que cesase este combate sin objeto, y solo hubo algunos tiros entre nuestros granaderos que se habian aproximado al puente de San Martino y los tiradores enemigos que habian vuelto á ocupar sus antiguas posiciones delante del puente del Naviglio.

A la una y media de la tarde, V. M. oyó el cañoneo empeñado hacia la derecha de la posición del enemigo, y dedujo de ello que el cuerpo de ejército del general Mac-Mahon y la division de cazadores de la guardia, mandada por el general Camou, habian ejecutado su movimiento de flanco.

El dejar á este cuerpo de ejército luchar solo con todas las fuerzas enemigas hubiera podido hacer mas difícil ó quizás indeciso el resultado del ataque tan bien combinado del general Mac-Mahon. A fin de dividir la atención y las fuerzas del enemigo, V. M., sabiendo la próxima llegada de los cuerpos del general Niel y del mariscal Canrobert, ordenó á la division de granaderos de la guardia, que no ascendía á 5,000 hombres, que atacara de frente la posición del enemigo.

Esta posición formó un vasto semicírculo de colinas que apoya su derecha en la aldea de Buffalora, su centro en Magenta y su izquierda en Rebecco. Toda esta línea se halla cubierta por un canal ancho y profundo, el Naviglio Grande, que corre en medio de la cuesta por entre dos diques muy escarpados, y que solo puede pasarse por tres puentes situados en frente de las tres aldeas. Delante y detrás del puente de Magenta se encuentran cuatro grandes casas de granito (los edificios de la estación y de la aduana); estas casas ocupadas por el enemigo impedían aproximarse al canal y luego atravesarlo.

El terreno á derecha é izquierda de la carretera que conduce del puente de San Martino al de Magenta está cortado por fosos llenos de agua y por arrozales inundados de agua que hacían muy dificultosa la marcha de la infantería como no fuera por la carretera. A la izquierda, una calzada estrecha conduce al puente de Buffalora; á la derecha, la vía del ferro-carril lleva al de Rebecco. Para ganar esta formidable posición, hice atacar á la izquierda la aldea de Buffalora por el 2º regimiento de granaderos á las órdenes del coronel d'Alton, é hice marchar á la derecha por la calzada del ferro-carril al 3º de granaderos mandado por el coronel Metman. El regimiento de zuavos fué formado en masa en una ondulacion del terreno cerca de la carretera que

se hallaba á cubierto del fuego del enemigo; la misma carretera, á la altura de los zuavos, fué ocupada por dos piezas de artillería que sostenian con ventaja el fuego de la artillería enemiga.

A la derecha, el 3º regimiento de granaderos, dirigido por el general Wimpffen, ganó al enemigo un reducto que cubria el puente de Rebecco, lo arrojó mas allá del canal, y gracias á la firmeza de este regimiento, todos los esfuerzos hechos por los austriacos para recobrar este punto importante fueron victoriosamente rechazados durante el resto del día.

Después de ganada esta posición, el teniente coronel Tryon se arrojó hacia la izquierda con un batallón del 3º de granaderos, y vino á atacar las dos primeras casas que cubrian los aproches del puente de Magenta; después de un vivo tiroteo, logró apoderarse de ellas, pero su fuerza era muy escasa para que pudiera desembocar por el puente que estaba vigorosamente defendido por fuerzas muy superiores. Entonces los zuavos mandados por el coronel Guignard y dirigidos por el general Clerc, apoyaron el ataque del 3º de granaderos, forzaron el paso del puente, se establecieron en la casa de la derecha, y tuvieron que luchar todavía algun tiempo antes de ganar la de la izquierda, de donde salía un fuego de artillería mortífero. En fin, después de media hora de un combate obstinado, esta posición fué tomada á viva fuerza y nada se opuso ya al libre paso del puente.

Quizás hubiese sido prudente detenerse después de este triunfo y limitarse á la posesión de esta especie de cabeza de puente interin llegaban los cuerpos de ejército del general Niel y del mariscal Canrobert; esta medida era tanto mas necesaria cuanto que el general Mac-Mahon habia suspendido su ataque; pero nuestras tropas, llevadas de su impetuosidad habitual y aunque no componian apenas tres batallones, salieron de la posición que habian conquistado y avanzaron sobre Magenta, centro de la posición enemiga. Muy pronto se encontraron en presencia de fuerzas superiores, y varias columnas enemigas, cubiertas por guerrillas de tiradores, vinieron á amenazar su derecha é izquierda. En este momento, el general Cassaignolles, á la cabeza de 110 cazadores de caballería de la guardia, cargó reiteradas veces y con notable energía por la izquierda, y á pesar de las dificultades que ofrecia el terreno plantado de árboles y viñas, consiguió acuchillar á los tiradores enemigos y detener la marcha ofensiva de sus columnas.

Peró el enemigo, favorecido por el terreno poco practicable para la caballería, continuó en seguida su marcha ofensiva, y el débil destacamento de cazadores de la guardia se retiró entre las dos casas que forman la cabeza de puente de Magenta, donde se le incorporó muy pronto la artillería y la infantería que se habian dirigido hacia el centro de la posición enemiga.

Los dos caseríos situados á derecha é izquierda del puente fueron fuertemente ocupados por el 3º de granaderos y los zuavos, y la caballería fué enviada al otro lado del puente. Eran las cuatro de la tarde y el enemigo se creia victorioso.

Importaba para el éxito de la jornada conservar el desembocadero del puente sobre el Naviglio, para permitir á los cuerpos de ejército del general Niel y del mariscal Canrobert acercarse al enemigo tan pronto como llegasen.

Vuestra Majestad ordenó que se defendiera la posición del puente con la mayor energía interin llegaban los refuerzos que se acercaban. Las órdenes de V. M. fueron ejecutadas: los zuavos, los granaderos del 3º, así como los del 1º regimiento que habian venido á apoyarlos, resistieron á todos los ataques en las posiciones que les estaban confiadas.

A cosa de las cinco de la tarde, apareció la brigada Picard á la vista del puente; los granaderos y los zuavos, volviendo á tomar entonces la ofensiva, se lanzan á la bayoneta, rechazan otra vez al enemigo hacia Magenta y aseguran un libre desembocadero á los dos cuerpos que llegaban. La division Vinoy, del cuerpo Niel, entró entonces en acción. Las operaciones del general Niel fueron secundadas por los fuegos de la artillería de la guardia dirigidos con habilidad sobre las reservas enemigas abrigadas detrás de las aldeas de Castello, Barsi y Rebecco.

Durante las operaciones de que acabo de dar cuenta, el regimiento del coronel d'Alton se habia apoderado de Buffalora, vigorosamente defendido, y secundado por el 73º de línea, del cuerpo de ejército del general Mac-Mahon, se mantuvo allí durante el resto del día contra los ataques de fuerzas superiores.

Todos los regimientos de la division Mellinet, la caballería y la artillería han cumplido dignamente con su deber. No obstante, la conquista de una posición que el arte y la naturaleza parecían hacer inexpugnable, posición defendida por fuerzas muy superiores en número, no ha podido obtenerse sino á precio de pérdidas considerables. Entre las pérdidas mas sensibles debo señalar á V. M. la del bizarro general Clerc, oficial de gran mérito, que ha recibido la muerte conduciendo á los zuavos á la carga.

En el ataque de Buffalora por el 2º de granaderos, los comandantes Maudhuy y Desmé de Lisle han encontrado una muerte gloriosa: el general Wimpffen, conduciendo el ataque de la derecha, ha sido herido levemente en la cara.

Al general Mellinet, que durante toda la acción me ha secundado con raro valor, le han matado dos caballos.

El general jefe de la guardia imperial,

REGNAUD DE SAINT-JEAN-D'ANGELY.

PARTE DEL GENERAL JEFE DEL SEGUNDO CUERPO.

En el cuartel general de Magenta,
á 6 de junio de 1859.

Señor:

En cumplimiento de las órdenes de V. M., el segundo cuerpo y la division de los cazadores de la guardia imperial salieron el 4 á las diez de la mañana de Turbigo con direccion á Magenta.

La primera division del segundo cuerpo (division La Motterouge) salió de Turbigo por Robechetto, Malvaglio, Casate y Buffalora, mientras que la division Espinasse se dirigia hácia el mismo punto por Buscate, Inveruno, Mesero y Marcallo.

La division Camou, de los cazadores de la guardia, seguia las huellas de la division La Motterouge. Cuando llegué á Coggiono, me apercibi de que la cabeza de esta division (serian poco mas ó menos las doce del dia) tenia delante de sí al enemigo en Casate. Los informes que he adquirido ayer indican que habia en este punto dos regimientos austriacos.

Los hice atacar inmediatamente por el regimiento de tiradores argelinos. Habiéndose apoderado de esta aldea, este regimiento se situó á 200 metros mas allá. Mandé que hiciera alto en este punto, y ví desplegar á la primera division, apoyando su derecha en Cascina Valizio y su izquierda hácia la Cascina Malastalla, mientras que el enemigo reunia por su parte fuerzas en Buffalora y Cascina Guzzafame.

Las disposiciones que tomaba el enemigo me demostraban que iba á tener que luchar con fuerzas considerables.

Mientras la division La Motterouge formaba su línea de batalla, hacia avanzar á la division de los cazadores de la guardia en segunda línea. Esta division constaba de trece batallones, y estos formaron en masa con distancias de despliegue.

Por mi izquierda, avisé al general Espinasse que apresurara su movimiento sobre Mesero y Marcallo.

A cosa de las dos este oficial general me informaba que tambien él tenia al enemigo en su presencia en Marcallo.

Le prescribí en seguida que se apoderase de esta aldea y se situara en ella, apoyando su izquierda en Marcallo y su derecha hácia Cascina Guzzafame. En cuanto me cercioré de que estas disposiciones preparatorias se hallaban terminadas, hice atacar vigorosamente á Buffalora por la division La Motterouge, sostenida por la division Camou.

La posición de Buffalora, si los informes que he adquirido son exactos, se hallaba ocupada por 15,000 austriacos, con la reserva, entre Buffalora y Magenta, de un cuerpo de 20,000 hombres.

El enemigo tenia en su frente delante de la aldea de Buffalora, una fuerte batería de artillería y una batería de coheteros.

La posición fué atacada vigorosamente por el regimiento de tiradores indígenas y el 43° de línea, mientras que los granaderos de la guardia, desembocando por San Martino, atacaban igualmente á Buffalora y obligaban al enemigo á retirarse hácia Magenta.

Habiendo rebasado mis tropas la aldea de Buffalora, hice inmediatamente un cuartel de conversion á la izquierda para formar una línea de batalla apoyada, la derecha en el camino de Buffalora á Magenta y la izquierda en Cascina Nova, enlazándose por este lado con la division Espinasse hácia Marcallo.

En cuanto la division La Motterouge acabó de entrar en su órden de batalla y la division Camou hubo desembocado sobre la izquierda de Buffalora, hice marchar directamente toda la línea sobre Magenta, entonces fuertemente ocupada por el enemigo.

En Cascina Nova el 45° acometió con la mayor intrepidez contra las fuerzas que se habian situado dentro y en los alrededores de este gran caserío. Dos regimientos húngaros que defendian esta posición se vieron obligados á ceder á nuestro ímpetu; 1,500 hombres próximamente rindieron las armas. Una bandera fué cogida por el 45° sobre el cadáver del coronel de uno de estos regimientos.

Seguándose el movimiento progresivo por la parte de Cascina Guzzafame, la division de La Motterouge encontró delante de sí fuerzas considerables que maniobraban con la intencion evidente de oponerse á la incorporacion de mis dos divisiones y de aislar completamente á la division Espinasse.

En este momento moderé un poco el movimiento de la division La Motterouge, dejando solamente que los tiradores se trabaran con el enemigo, á fin de dar tiempo á los batallones de la division para que formaran en buen órden, y á los trece batallones de la division Camou que entraran tambien en su línea de batalla á 200 metros detrás de la division La Motterouge.

Hecho esto, mandé al general La Motterouge que hiciera un esfuerzo hácia Magenta y que designara por punto de direccion á todos sus batallones el campanario de la aldea, amenazando por su extrema derecha, compuesta del 47°, la derecha del enemigo.

Durante este tiempo, la division Espinasse marchando de Marcallo por Cascina Medici, acometia al enemigo por su derecha. El movimiento convergente de ambas divisiones se efectuó con una simultaneidad y un arrojo notabilísimos. La division La Motterouge, sintiéndose apoyada por los cazadores de la guardia, y teniendo estos delante de sí la primera formada de regimientos cuyo ardor conocian, entrambas tropas rivalizaron en ímpetu para concurrir al mismo fin.

El encarnizamiento del enemigo en Magenta fué extremado. Parecia que por ambas partes se sentia que Magenta era realmente la llave de la posición. En este movimiento de ataque general, el general Auger, jefe de la artillería del 2° cuerpo, habia seguido el movimiento de la division La Motterouge, estableciendo sucesivamente las baterías de esta division y las de la reserva sobre la reserva de mi línea de batalla, á fin de contestar vigorosamente á la artillería enemiga situada en el desembocadero de la aldea sobre el camino de Buffalora.

A cosa de las siete de la tarde el grueso de las fuerzas enemigas indicó su movimiento de retirada hácia Rebecco, Castellaro y Corbetta. Parte de ellas se dirigió por el camino que conduce de Magenta á Ponte di Magenta.

En este momento nuestra artillería, con cuarenta piezas en batería sobre el camino de hierro paralelo á la direccion de la línea de retirada del enemigo, pudo coger de flanco y diagonalmente á las columnas enemigas que desfilaran por aquella parte en el mayor desórden. Estas debieron experimentar pérdidas considerables, siendo como eran recibidas en este momento con la mayor intrepidez por una de las divisiones del 4° cuerpo, uno de cuyos regimientos, al 52° de línea, habia concurrido un instante al ataque de Magenta.

La aldea de Magenta que cayó en nuestro poder á cosa de las siete y media, se hallaba todavía en este momento llena de numerosos destacamentos enemigos atrincherados y parapetados en todas las casas, defendiéndose con intrepidez, pero sin que les quedara medio alguno de retirada. A las ocho cesó el fuego por ambas partes y estos destacamentos tuvieron que rendir las armas. El ataque del pueblo por la division Espinasse, verificado al mismo tiempo que el de la division La Motterouge, hace el mayor honor á los regimientos de la segunda division.

El 2° de zuavos y el 2° extranjero se han distinguido muy particularmente.

El campo de batalla, enteramente cubierto de cadáveres del enemigo y sembrado de sus armas y efectos de toda especie, indica á la vez cuán intrépidamente se han portado nuestras tropas y cuán grandes han sido las pérdidas del enemigo.

A estas horas calculo en 5 ó 6,000 el número de los prisioneros que he dirigido hácia San Martino.

Hay mas de 10,000 fusiles en el campo de batalla. Nuestras pérdidas, aunque sensibles, son relativamente poco considerables.

El general Espinasse, cargando personalmente al frente de uno de sus batallones, ha caído mortalmente herido, así como uno de sus ayudantes de órdenes en el pueblo de Magenta.

Al frente de sus tropas han caído brillantemente como él los coroneles Drouhot, del 65° de línea, y Chabrières, del 2° regimiento extranjero.

No debo omitir señalar los servicios que nos ha hecho nuestra caballería en esta jornada. Ha cargado varias veces á la caballería enemiga que trataba de penetrar en los intervalos de nuestras columnas.

Especialmente mi peloton de escolta ha cargado tres veces á unas partidas de hulanés. En ninguna parte ha resistido la caballería austriaca á la nuestra.

Segun los informes suministrados por un ayudante de órdenes del general Jellachich, que ha sido hecho prisionero, el enemigo tenia delante de nosotros cuatro cuerpos de ejército de 30,000 hombres cada uno nominales, pero que no tienen en realidad mas que 25,000 combatientes.

Estos cuerpos deben ser los de Klam Gallas, Lichtenstein, Benedeck y Zobel, mandados por el feld-mariscal Giulay.

No necesito decir á V. M. lo mucho que tengo que felicitarle del vigor y energía de todas las tropas que tengo el honor de mandar, á cualesquiera armas á que pertenezcan. Incluyo, como es justo, á la division de los cazadores de la guardia que ha sido puesta un momento á mis órdenes y cuyo concurso me ha sido utilísimo.

Si algun pesar me queda es por no poder señalar á V. M. en este parte los nombres de los oficiales y soldados muy numerosos que merecen ser mencionados en la órden del dia del ejército.

Los oficiales generales, sin excepcion, se hallan todos en esta categoría, y otro tanto puedo decir de todos los jefes de este cuerpo.

Ayer he dirigido hácia San Martino tres cañones austriacos que fueron cogidos al enemigo el 4 de junio.

El general de division, jefe del 2° cuerpo,

MAC-MAHON.

PARTE DEL MARISCAL JEFE DEL TERCER CUERPO.

El mariscal jefe del tercer cuerpo salió de Novara el 4 de junio; en cuanto pasó el puente del Tesino (cinco de la tarde) y recibió las órdenes del emperador, se dirigió rápidamente al lugar del combate donde la brigada Picard, de la division Renaud que habia llegado á las cuatro de la tarde, se habia colocado á la derecha de los granaderos de la guardia que habian conquistado con tanta valentía posiciones verdaderamente formidables.

A la llegada del mariscal, la brigada Picard, ayudada por algunos batallones de la division Vinoy, habia tomado y vuelto á tomar varias veces la aldea de Ponte di Magenta; pero la disposición del terreno que se extiende entre esta aldea y la calzada del ferro-carril presenta un contrafuerte muy aproximado á esta cal-

zada dominándola, y cuya ocupacion era por este lado una especie de llave de posición.

El mariscal la hace ocupar por varias compañías que colocan el general Courtois d'Herbert y el capitán de Molènes, uno de sus ayudantes de órdenes; luego prolonga su marcha hasta la aldea de Ponte di Magenta, que despues de haber sido tomada y vuelta á tomar tres veces, tenia que ser aun defendida por cuarta vez contra la vuelta de los austriacos.

El general Picard, el coronel Bellecourt y muchos oficiales que dan á las tropas el ejemplo del arrojo y tenacidad en el combate, la hacen recobrar de nuevo.

El enemigo conocia la importancia de este punto, que si hubiese quedado en su poder le conducia sobre el flanco mismo de nuestra línea de comunicacion con el puente del Tesino. Esta circunstancia explica su tenacidad en los ataques sucesivos y el irresistible arrojo de los nuestros en las vueltas ofensivas para recobrar la posición.

La brigada Jannin, dirigida por el general Regnault, habia podido en fin desembocar y dirigirse rápidamente sobre la línea austriaca, apoyándose en Ponte di Magenta, en la porcion de esta aldea, situada en la margen izquierda del canal Naviglio. Tomada y vuelta á tomar reiteradas veces, esta porcion de la aldea, aislada por el puente de Naviglio, que el enemigo habia hecho volar, queda en posesion del general Regnault, que se establece en ella definitivamente.

La division Trochu, que no se presenta en el teatro de la lucha sino á las ocho de la noche con su primera brigada, se coloca en la aldea de Ponte di Magenta y consolida nuestro éxito con una ocupacion de las mas sólidas.

Grandes elogios son debidos á la tropa, que á pesar de su debilidad numérica y las fatigas de una marcha penosa, ha seguido constantemente el ejemplo de sus jefes en toda la escala de la gerarquía militar, cargando siempre enérgicamente al enemigo á la bayoneta.

El triunfo ha sido glorioso, pero costosamente comprado. Mas de 1,100 hombres han quedado fuera de combate. Entre los oficiales muertos tengo el dolor de citar al coronel Seneville, mi jefe de estado mayor, oficial superior cumplido; al coronel Charlier, del 90° muerto al frente de sus soldados; al capitán de estado mayor Baligand, excelente oficial, ayudante de campo del general Jannin. Entre los heridos se cuentan el intendente Mallarmé, el coronel Auzouy, del 23° de línea, el coronel de estado mayor Cornely, mi primer ayudante de campo, contuso de la caída que sufrió por haber muerto su caballo: el capitán de estado mayor Armand, uno de mis ayudantes de campo, herido levemente de bala en el rostro, y el subteniente Lostanges, que ha recibido una leve herida de sable en la cabeza.

Hemos cogido algunos centenares de prisioneros que han sido dirigidos inmediatamente sobre San Martino. Todo induce á creer que comparativamente con la nuestra, la pérdida del enemigo ha sido triple cuando menos.

El mariscal de Francia jefe del tercer cuerpo,

MARISCAL CANROBERT.

PARTE DEL GENERAL JEFE DEL CUARTO CUERPO.

En el cuartel general de Ponte di Magenta
5 de junio de 1859.

Señor:

No he podido reunir aun todos los documentos relativos á la parte que la division Vinoy, del 4° cuerpo, ha tomado en la batalla que se dió ayer en el desembocadero del puente del Tesino; pero me parece que V. M. leerá con interés el resumen de los informes que he podido adquirir ya.

En el momento en que acababa de establecer su vivac en Trecate, viniendo de Novara, la division Vinoy fué llamada por el emperador. La distancia de Trecate á Ponte di Magenta ha sido recorrida casi enteramente al paso de carrera, y mas bien he tenido necesidad de moderar que de excitar la rapidez de la marcha. Tiempo era ya de que llegara esta division. La gran superioridad de las fuerzas del enemigo hacia experimentar pérdidas á la guardia imperial, que se hallaba vivamente estrechada en sus posiciones. Tuve que enviar refuerzos á los puntos mas amenazados. Las tropas de la division, combatiendo por grupos de dos ó tres batallones, se han encontrado varias veces en posiciones críticas. En línea estábamos amenazados de ser rotos, y cuando formábamos columnas de ataque nos veíamos envueltos.

El enemigo ha sido arrojado de todas las posiciones que queriamos ocupar, las cuales han quedado cubiertas con sus muertos y heridos. La segunda division ha hecho mas de 1,000 prisioneros.

Un combate tan vivo ha causado pérdidas sensibles. Segun las relaciones que he recibido hasta este momento y que se acercan bastante á la verdad, la division Vinoy ha tenido 11 oficiales muertos y 50 heridos; el número de soldados muertos y heridos es de 650.

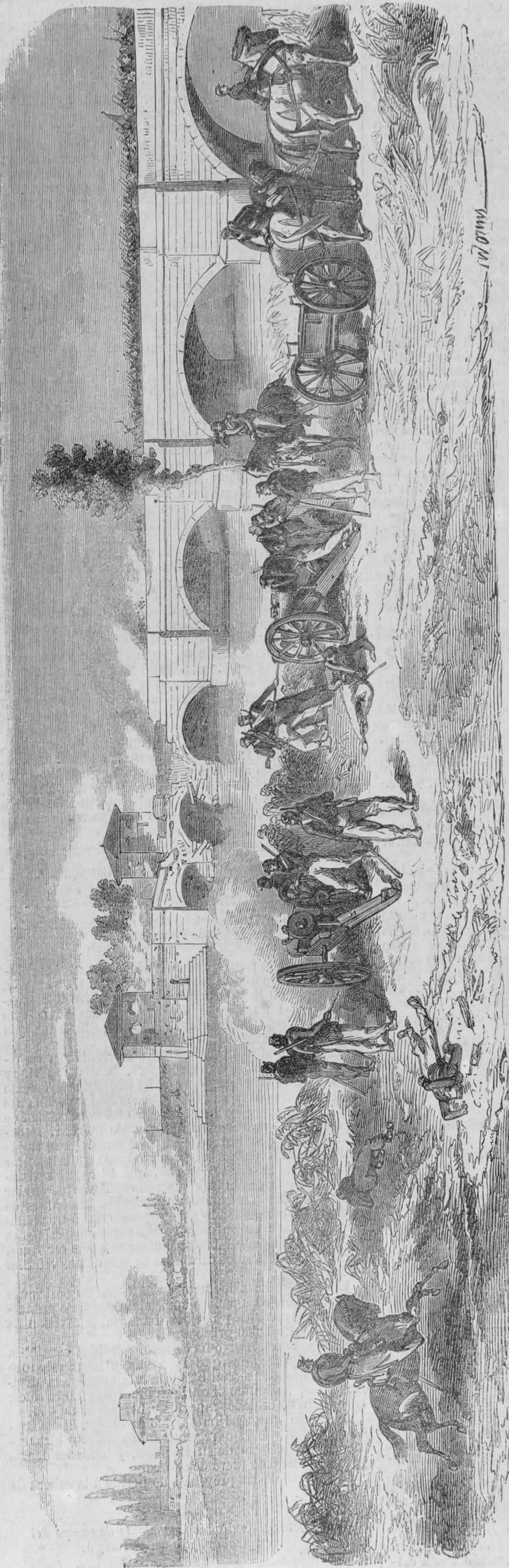
El cuerpo que mas ha sufrido es el 83°; el comandante Delort, de este regimiento, ha muerto bizarramente á la cabeza de su batallon, y todos los demás jefes han quedado fuera de combate.

El general Martin prey ha sido herido á la cabeza de su brigada.

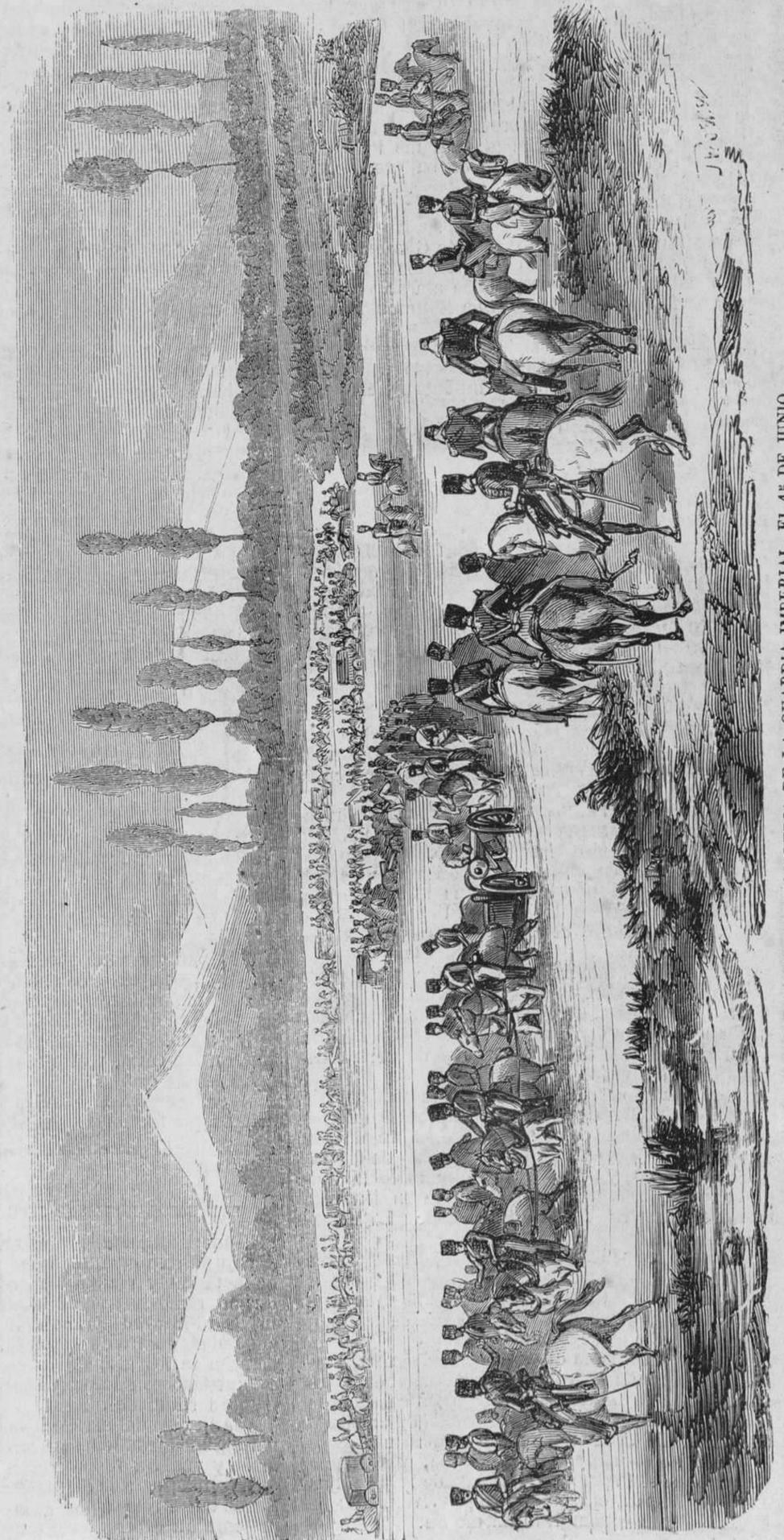
Soy, etc.

El general de division, ayudante de campo del emperador, jefe del 4° cuerpo,

NIEL.



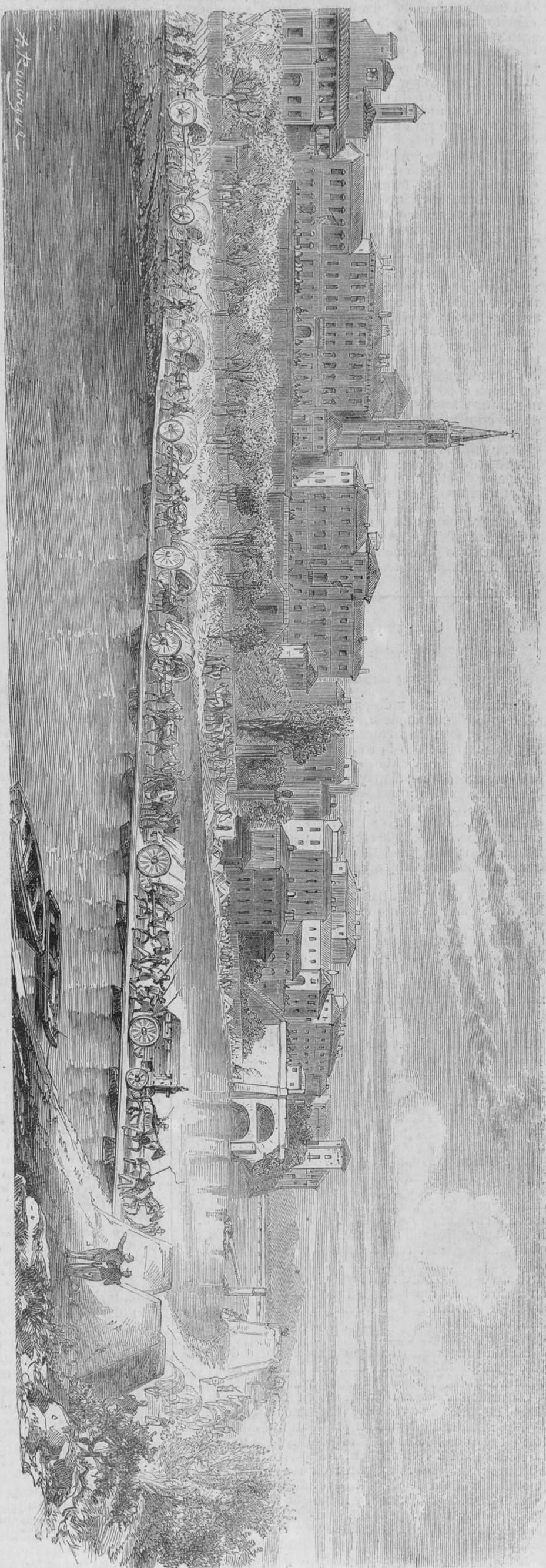
PASO DE LA GUARDIA IMPERIAL POR EL PUENTE DEL TESINO, ANTES DE LA BATALLA DE MAGENTA.



PASO DEL SERIO POR LA ARTILLERIA DE LA GUARDIA IMPERIAL, EL 15 DE JUNIO.

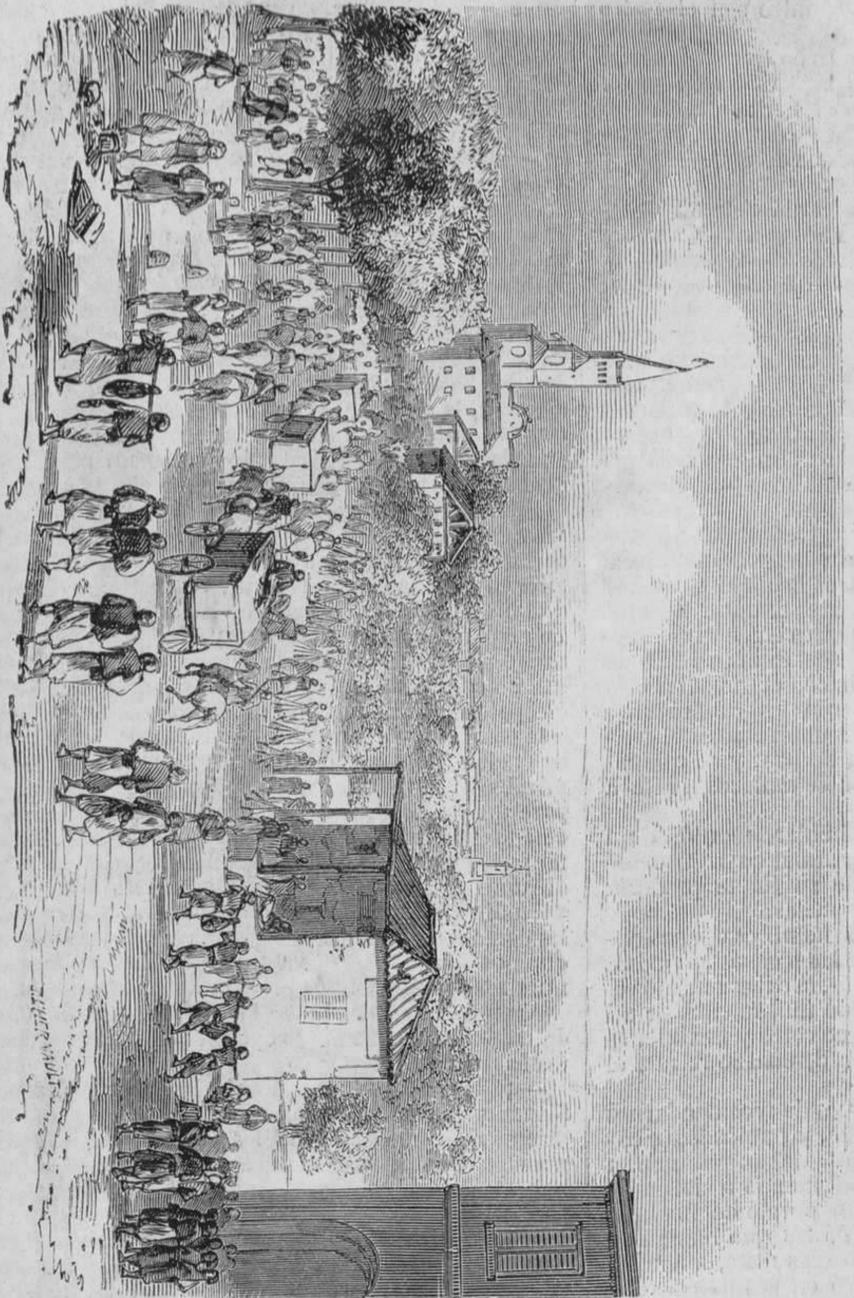


PASO DE TROPAS POR CALCIO.

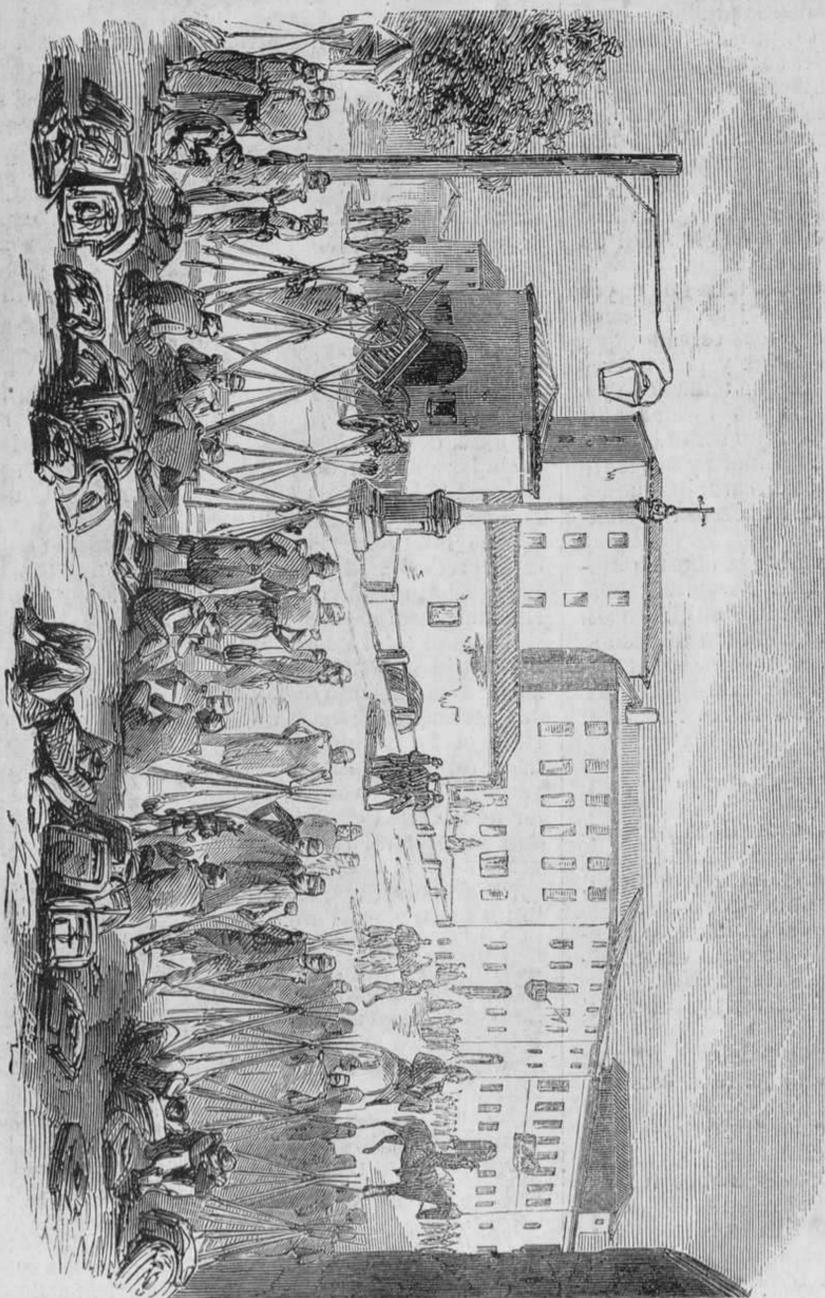


PASO DEL ADDA POR CASSANO.

A. Raimondi del.



TREVIGLIANO, VISTA TOMADA DEL FERRO-CARRIL.



CUARTEL IMPERIAL DE TREVIGLIANO.

Después de la batalla de Melegnano, cuyo parte oficial hemos publicado en nuestro número anterior, el ejército francés se puso en marcha, atravesó el Adda por Cassano, y se dirigió á Brescia donde entró el 18 por el camino de Triviglio, Covo y Chiari, en tanto que el ejército piomontés seguía una dirección paralela mas al Norte, pasando por Vaprio, Palazzolo y Cozzaglio.

El enemigo se había retirado, pero al hacerlo había puesto en obra todos los medios de destrucción que tuvo en su mano para retardar la marcha de las tropas; en los muchos rios de la Lombardia se hallaban destruidos todos los puentes. Uno de los mas importantes sobre el Adda había saltado por la mina el mismo día en que llegaron los franceses á la orilla del rio, y se necesitaron muchas horas para poder preparar un puente de barcas que pudiese asegurar las comunicaciones.

Toda la población de Cassano había salido al encuentro de las primeras tropas, y pudo ver el espectáculo de una de las grandes maniobras empleadas en la guerra. Un peloton del servicio de puentes había precedido á la tropa, y ya las primeras barcas estaban dispuestas para ser botadas al agua. Eligieron un punto próximo al antiguo puente de piedra, y en un instante se hicieron todos los preparativos.

Es prodigioso ver la rapidez con que se construyen los puentes de barcas. Todas las piezas están preparadas de antemano y se ajustan perfectamente; las barcas llegan á ponerse en la misma línea sostenidas por anclas muy fuertes, y á medida que se unen las barcas de dos en dos colocan el tablero. Dos puentes se establecieron en el Adda en el espacio de dos horas, y el ejército pudo atravesar el rio aquel mismo día sin que le molestaran en aquella operación. Aquel mismo día se estableció el cuartel general en Triviglio.

Los austriacos, después de haber abandonado sucesivamente las líneas del Adda, del Oglio y del Chiese, se retiraron detrás del Mincio, que luego volvieron á pasar para atacar á las fuerzas aliadas, y proporcionar á sus armas la gran victoria de Solferino de que hablaremos á nuestros lectores en el número próximo.

Una cacería india.

POR H. REVOIL.

(Continuación.)

Contamos setenta y dos, apiñadas unas contra otras, saludándose mutuamente, cual si fueran mandarinas chinas, con imperturbable gravedad, pues nada hay tan cómico como la solemnidad y lentitud mecánica con que hacen cada reverencia. Mis amigos y yo contemplábamos con el mayor interés este espectáculo, ocultos detrás de un peñasco. De vez en cuando algunas garzas reales corrían á ponerse sobre las ramas desde donde arrojaban en desorden á las que estaban tranquilamente encaramadas, y agudos graznidos manifestaban la indignación pública que excitaba la conducta de los intrusos que tan bruscamente usurpaban el sitio ocupado.

En medio de aquella bandada de aves, las gaviotas hendían el aire en torno nuestro con una familiaridad verdaderamente inaudita, nos rozaban con sus alas y se paraban á pocos pasos de distancia, exhalando gemidos dulces y plañideros y mirándonos con el mayor asombro.

De pronto, aparecieron dos puntos negros en el horizonte; eran dos águilas reales que volaban rápidamente hacia nosotros. El instinto de la conservación hizo que descubriera su llegada toda aquella ávida república; las madres batían sus alas y los padres abrían sus agudos picos; arma terrible cuando alcanza al enemigo.

¡Vamos esfuerzos! las dos aves carniceras se aprovecharon de un momento favorable, y cada cual se apoderó de una tierna garza, estrujándolas en sus formidables garras, y sin hacer caso de los clamores de los viejos nestores de aquella alada tropa, se lanzaron entonces al espacio y desaparecieron de nuestra vista.

Esta escena pasó con la rapidez del rayo. Mis amigos y yo habíamos tenido sumo gusto en matar á uno de los dos bandidos aéreos, pero no estaban á nuestro alcance y creímos prudente no hacerlo para no aumentar la turbación de las aves del portentoso peñasco. Y lo acertamos, porque avanzando poco á poco por la roca llegamos á una regular distancia de las garzas, y disparando á un tiempo sobre ellas nuestros seis tiros, tuvimos el gusto de ver caer y de recoger once pájaros, en tanto que los que se habían salvado de la inesperada descarga empujaban su vuelo y desaparecían por el aire, abandonando, tanto era su terror, hasta los nidos que albergaban sus crías.

Únicamente las gaviotas parecían burlarse del peligro, y las gallinas de mar, confundidas entre ellas, revoloteaban sobre las olas sin afezarse mucho de la orilla.

Continuando nuestra excursión en rededor del peñasco, llegamos á la vista del campamento cuyas tiendas, que habíamos dejado en pie dos horas antes, estaban en el suelo, dobladas y dispuestas para trasladarlas; los caballos relinchaban, los perros ladraban, y hombres y mujeres se agitaban en todas direcciones. Nos alarmó de tal modo esta novedad, que aceleramos el paso para saber la causa, y luego que nos vieron bajando por los agudos peñascos que conducían á la orilla del canal de que he hablado antes, nos hicieron señas para que nos diéramos prisa, y Mead y Delmot, que se habían quedado en el campamento por pereza ó por

cansancio, vinieron á nuestro encuentro con el rostro radiante de alegría y gritando:

— ¡Venid, venid pronto! solo á vosotros esperamos.

— ¿Qué sucede? preguntamos los tres á un tiempo.

— ¡Los bisontes! ¿veis allá en el horizonte, al otro lado del canal, aquella masa negra y compacta que parece avanzar como una nube preñada de agua, rayos y relámpagos? Pues son los bisontes.

En efecto, en cuanto podía abarcar la vista en lontananza hacia el Norte, se veían bueyes silvestres que pacían pacíficamente la yerba rizada de la pradera y cortaban á veces las verdosas ramas de los algodones.

La vista de todos aquellos animales, que ascendían á cinco ó seis mil, nos hacía sentir una alegría que rayaba en asombro, pues nunca habíamos visto bueyes mas que en estado doméstico y en rebaños de doscientas ó trescientas cabezas todo lo mas, de modo que ardíamos en deseos de partir en el acto é ir á atacar á los bisontes; y únicamente amainaron nuestra impetuosidad las palabras graves y sentenciosas de Ralm-o-j-or, traducidas por nuestro intérprete Duquesne.

— Sois muy fáciles en dejaros arrastrar por vuestro deseo, dijo, y debéis aprender la paciencia que hace triunfar y las astucias que vuestros hermanos del desierto pueden enseñaros para cazar el bisonte. Hé aquí lo que he resuelto: vamos á ponernos en camino divididos en dos cuadrillas; unos se adelantarán hacia el Occidente, y otros se dirigirán hacia el Norte por la orilla del arroyo para sorprender á los cuadrúpedos contra el viento, y cercarlos en seguida. Este es el único medio de tener buen éxito en la caza, y de que logreis antes de dos horas el placer de hallaros frente á frente de los bisontes.

Apenas Ralm-o-j-or acabó de hablar, montó de un salto en su caballo negro, noble animal cuya obediencia era tanta que una palabra de su jinete producía mas efecto que el bocado y las espuelas.

Al ver á este guerrero, con los hombros apenas cubiertos con una piel de pantera, las piernas envueltas en leggings, sus pies en borceguíes, la cabeza medio velada por cabellos erizados, armado únicamente de un carcaj lleno de flechas y de un arco corto y flexible, se le hubiera creído el mismo Nemrod, cual lo retrata el Génesis.

Nos dió la señal de partir, después de recomendarnos que guardásemos el mayor silencio, y habiéndonos colocado en medio de los Sioux que tomaban parte en la caza, avanzamos en buen orden siguiendo á Ralm-o-j-or, que nos había designado un puesto de honor á sus lados. Señaló con un ademán á los que habían de marchar hacia el Oeste el camino mas recto, y empezando á andar de pronto, arrastró en pos á todos los cazadores animados como él de un ardor moderado por la ciencia de la caza y el conocimiento de las costumbres de los bisontes.

Forzoso es que sepan mis lectores que los innumerables rebaños que pacen en las verdosas praderas americanas están continuamente alerta, pues los indios les hacen una caza tan frecuente, y los coyotes, especie de lobo-cerval osado y temible, los atacan con tal encarnizamiento, que cada animal presiente el peligro con un instinto especial. Los bisontes que están en torno del grueso de la manada (y son casi siempre los mas viejos y experimentados) parecen, al verlos olfatear continuamente el viento y enderezar las orejas, otros tantos centinelas avanzados, prontos á dar la señal de alarma á la menor apariencia de un enemigo.

Favorecidos por las sinuosidades del terreno, cuyos senderos mas secretos conocía Ralm-o-j-or, llegamos pronto á dos tiros de fusil del bisonte mas cercano, que era un enorme animal, de peludo festuz y pies ligeros y flexibles como el acero, y que aunque tenía los ojos vueltos hacia nuestro lado, parecía no recelar aun nuestra presencia. La índole del terreno sobre el cual andaban nuestros caballos era poco sonoro y el viento soplabá con tal violencia, dándonos de cara, que aquel vigía animado no podía oír los pasos ni percibir la emanación del hombre.

De pronto se oyó un ruido terrible; la enorme manada se había puesto en movimiento. Nosotros habíamos llegado casi al alcance de los nobles animales sin ser descubiertos; pero los indios que habían tomado la dirección del viento habían sido vistos y olfateados desde lejos, y por una feliz casualidad iba á verificarse por nuestro lado «la retirada de los seis mil.» Nunca el famoso verso del cisne de Mantua,

Quadrupedante putrem sonitu quatit ungula campum

había tenido para mí una armonía tan llena de realidad; al ruido que hacían los bisontes al pisar el suelo á un trote regular, como el de un ejército en marcha, resonaba en los aires y vibraba en nuestros oídos.

Ralm-o-j-or armó su arco, llevando en la mano derecha una flecha de punta acerada, y nosotros examinamos nuestras escopetas y renovamos los pistones.

— ¡Atención! dijo el jefe á media voz; ya llegó el momento.

Y apenas había pronunciado estas palabras, toda la masa se conmovió con un ruido semejante al estallido de un trueno.

El momento era crítico; era preciso presentarse para obligar á los bisontes á que retrocedieran, y siguiendo los movimientos del jefe sioux, nos lanzamos todos á escape para presentarnos delante del rebaño.

¡Oh! vosotros, mis hermanos en San Huberto, vuestro santo patron se digne concederos á todos antes de morir un espectáculo igual al que se ofreció á mis ojos

cuando llegué á la cima del collado sobre la cual formamos en batalla todos los cazadores! ¡No olvidaré mientras viva lo que ví el 27 de octubre de 1843! Por delante de mí pasaba un torrente formado de animales enormes bramando con desconocida energía y galopando con mas rapidez que un caballo desbocado.

— ¡Muerto! ¡ya cayó! gritaban los Sioux con su lenguaje expresivo, y sin embargo uno solo entre toda la tribu, el esforzado Ralm-o-j-or, había obligado á su caballo á penetrar por en medio de la manada. Sus ojos de águila descubrieron al animal mas enorme, y sus brazos ágiles acribillaban los costados del bisonte con una nube de flechas con una rapidez que rayaba en prodigio. Yo me arrojé en pos de él, y descargué sobre aquel bisonte real los dos tiros de mi escopeta, y aunque las balas penetraron en sus carnes, aun no había sido herido de muerte. Pero una flecha de Ralm-o-j-or, que pasó al través de la carótida del animal, contuvo su ligero paso, y cayó al suelo como un peñasco desprendido de la falda de un monte con el fragor del alud.

Mientras Ralm-o-j-or cortaba de un solo golpe la vida del gigantesco bisonte, sus súbditos hacían una carnicería continua galopando en todas direcciones por en medio del aterrado rebaño; el aspecto de la sangre que brotaba de los costados de los animales, aumentaba al parecer su ardimiento, y se oía por todos lados un tufo graneado que se mezclaba con el silbido de miles de flechas disparadas por los Sioux que no tenían escopeta. Si hubiera sido posible presenciar con calma este combate y el ardor de los indios, y estudiar con detención todos los pormenores, ¡qué asunto mas admirable para un cuadro ó una descripción hubiese sido para un pintor ó un novelista! Pero lanzado en medio de aquel torbellino compuesto de hombres y animales, no podía mas que ver confusamente, y con la rapidez de un relámpago, los hechos acaecidos á mi lado, y aplaudir un tiro acertado, ó quemar mi pólvora como los demás compañeros de caza. El entusiasmo universal que nos dominaba era ya un bético furor que cegaba nuestros ojos y casi nos privaba de la razón.

Apenas había terminado la corrida, que duró cerca de media hora, cuando se oyeron por todas partes gritos frenéticos.

— ¡The cows! — ¡las vacas! ¡las vacas! gritaron los Sioux, y lanzados los caballos otra vez en diferente dirección, se encontraron á los pocos momentos con otra manada compuesta de cinco á seis mil bisontes que no habían emprendido la fuga al rumor de nuestra primera escaramuza.

En efecto, las vacas están constantemente separadas de los bueyes en las manadas de bisontes, y las primeras constituyen la reserva del ejército. Para llegar hasta ellas es preciso atravesar la falange formada por los bueyes, y en esto estriba el peligro. Puede servirnos de ejemplo la desgracia sucedida á uno de los indios — desgracia muy común en esta caza — el cual después de haber caído del caballo, que había sido herido en el vientre por un bisonte furioso, era pateado por el animal que lanzaba al aire su cuerpo casi inanimado con la misma facilidad que un niño su juguete. Fue precisa la descarga simultánea de tres escopetas para dar fin á aquella doble agonía.

Era prodigiosa la facilidad con que cargaban y disparaban los indios sus fusiles. Solo ponían taco en el primer tiro, y para los demás se contentaban con echar la pólvora, y llevando tres ó cuatro balas en la boca, las ponían con los labios en el cañon, y el plomo humedecido con la saliva se adhería á la pólvora de un modo suficiente.

El segundo *steeple-chase* en persecución de las vacas duró unos veinte minutos, y al momento se llamó á retirada con una trompa que tocaba un joven sioux produciendo tres sonidos distintos que repetía rápidamente á cortos intervalos. Este heraldo primitivo obedecía las órdenes de Ralm-o-j-or, y pronto se halló reunida toda la tropa en el centro del campo de batalla, donde se dió principio á contar los muertos. No todos los bisontes habían caído en un mismo sitio; sus cadáveres estaban esparcidos en la línea seguida en su fuga por el rebaño que desaparecía á lo lejos en el horizonte con la rapidez del relámpago.

Segun el informe oficial presentado al jefe sioux, había ciento cuarenta y nueve bisontes tendidos en el suelo, siendo ciento diez y siete los machos y treinta y dos las hembras; estas últimas eran para comer preferibles á los primeros, cuya carne es habitualmente flaca, dura y de sabor poco agradable. La carne de las vacas es, por el contrario, tan mantecosa como la mejor de nuestras carnicerías, y cuando los animales quedan sin la piel, se halla bajo el cuchillo una capa de grasa de mas de dos pulgadas.

Mis amigos Sears, Simonton y Delmot, habían muerto un bisonte cada uno, y Mead y yo solo podíamos pretender á partes de caza. Bonnet, Duquesne y Gemmel, habían muerto entre los tres una vaca magnífica que contemplaban con delicia, y se ocupaban en desollar cuando nos acercamos á ellos.

La primera ocupación á que se entregaron los indios después de haber desollado con destreza los animales, consistió en sacar los intestinos y ponerlos aparte como bocados predilectos: después separaron los trozos de carne donde se veía mayor cantidad de sebo para saborearlos en el mismo día, y dejaron intactas las piernas y demás partes fáciles de guardar para provisiones.

Terminados todos estos preparativos, se pensó seriamente en la comida, ó mas bien en la orgía con que se celebra siempre en las praderas americanas la caza co-

ronada de buen éxito. Mientras los Sioux se dedicaban á desollar y cortar sus víctimas, las mujeres, que hasta entonces habían estado en el campamento, llegaron al teatro de nuestras hazañas. Cuando estuvieron cortados los bisontes, ellas recogieron en las pieles los trozos escogidos por los cazadores, y los llevaron al campamento precediendo á los vencedores que cerraban la marcha montados en sus caballos, que respondían con sus relinchos á los *whoops* guturales de sus jinetes.

«Pronto quedó parada la mesa sobre una alfombra de verdura,» y mientras las indias lavaban las tripas de los bisontes en el agua del lago, los hombres cavaban la tierra, y colocaban en los hoyos que hacían un fondo de piedras que cubrían con troncos y ramas encendidas. Cuando las ascuas calentaron suficientemente las piedras, limpiaron este asador de nueva especie, y estando los hoyos preparados como el horno de un panadero, echaron los trozos de carne, que puestos unos sobre otros y cubiertos con piedras calientes y tierra, se cocían poco á poco conservando su grasa y sabor.

Mientras esperaban que el asado estuviera á punto, los Sioux preludivan las delicias del festín comiéndose la *morcilla*, que este es el nombre que se da en el desierto americano á las entrañas á medio limpiar de los bisontes recientemente muertos. Pronto llamó mi atención y la de mis compañeros la glotonería de dos indios que se habían sentado cara á cara, separados únicamente por un montón de intestinos medio tostados sobre las ascuas y puestos en una piedra que servía de plato.

Aquellos intestinos parecían la espiral de una enorme serpiente; cada cual se apoderó de uno de los dos extremos de las tripas, calientes aun, y se las tragaban sin masticar con la misma destreza que se las tragaría un plato de macarrones el más diestro napolitano. Era sumamente curioso ver á los dos salvajes dándose prisa á engullirse aquellos intestinos nauseabundos, empujándolos con los dedos en su gástrico y sin pararse casi más que para exhortarse mutuamente á no darse tanta prisa. Cuando advertían que el uno ó el otro ganaba más terreno, se les veía hacer un movimiento de cabeza para arrancar el extremo del intestino medio masticado de la boca del compañero, y darse prisa á tragar otro trozo igual sin perder un solo instante para explicarse una acción tan ridícula como repugnante. Hemos de decir en honor de la verdad que uno y otro competían en hacerse estas bromas, lo cual igualaba la contienda, y el duelo á intestinos solo terminó cuando los dos indios se hallaron nariz con nariz y apretando con los dientes el último bocado de la «morcilla.» Un doble puñetazo, seguido de una simultánea sacudida, zanjó entonces la dificultad y dió fin al asinático episodio.

Estando á punto el asado, nuestro cocinero Duquesne nos sirvió un pedazo de bisonte preparado con arte y succulento hasta el extremo. Después de quitar la capa carbonizada que cubría el rico asado, nuestros cuchillos y tenedores penetraron en una carne excelente que tenía gusto de venado ó de liebre.

La carne del bisonte es tierna y de grato sabor y se digiere fácilmente, y tal vez el aire puro y vivificador de los desiertos ayuda á digerir bien toda clase de alimento, porque debo afirmar como un hecho cierto, que se pueden comer impunemente enormes trozos de carne sin temer las desagradables consecuencias de un excesivo apetito.

En cuanto á la parte del bisonte que nos sirvieron, debo decir que si Grinod de la Reinière y Brillat-Savarin hubieran tenido á su disposición un animal entero de carne tan exquisita como el que Ralm-o-j-or mató con su flecha, como gastrónomos distinguidos hubiesen añadido á sus recetas incomparables un capítulo ensalzando la gloria de un plato superior á cuantos conoce el mundo civilizado.

Cuando llegó la noche y se acabó el banquete, después de rociar la carne de los bisontes con el «agua de fuego» (*fire water*) dando alegría y alejando la apatía inherente al carácter de los indios, se presentó á nuestros ojos asombrados un nuevo espectáculo: veíanse numerosas hogueras en la falda del monte, y hombres y mujeres desnudos y grasientos como si se hubieran sumergido en un baño de aceite, daban saltos y cabriolas fantásticas acompañadas de contorsiones desconocidas que nos recordaban los bailes de los negros de la Luisiana. Ningún instrumento excitaba á aquellos energúmenos á la danza; algunas voces roncadas entonaban una melodía monótona que servía de tema á las variaciones moduladas *ad libitum* por alguno de los cantores que formaban el coro. Solo en nuestra tienda resonaba una guitarra, y por mal que se punteasen sus cuerdas, producían sin embargo en los oídos de los Sioux una armonía tan insólita, que aunque instrumento de poco mérito, mereció los honores de la velada. Contaré las peripecias de esta guitarra antes de terminar mi relato; pero hablemos antes de nuestros bisontes.

No me detendré á explicar á mis lectores la forma, la corpulencia y las costumbres de este género de la raza vacuna; Buffon y especialmente Audobon han trazado con mano maestra el cuadro completo de la vida de estos animales, y me limitaré á contar los rasgos más característicos y que deben saber todos los cazadores.

No existe un animal tan lleno de vida y tan tenaz en conservarla como el bisonte; pues á no ser que la herida traspasase sus pulmones ó se le rompa la espina dorsal, se salva casi siempre de la persecución del tirador más excelente. Y hasta sucede con frecuencia, que herido de muerte en el corazón, el animal conserva un bastante fuerza vital para ir á caer á una inmensa

distancia, y es lo que sucede siempre que ve que el cazador le sigue la pista. Si, por el contrario, este se detiene y se oculta á la vista del bisonte, el pobre animal deja de correr, y muy pronto se tiende para no volver á levantarse más.

Horrible es el espectáculo que ofrecen los supremos esfuerzos de un bisonte que va á morir, como si el noble animal comprendiera que no ha de tocar el suelo, pues una vez tendido sobre la tierra ya no habrá para él más esperanza. El bisonte que ha recibido una herida profunda en los pulmones, vomita arroyos de roja sangre por boca y narices; cubren sus ojos las tinieblas de la agonía, separa las piernas para sostenerse mejor, y se resiste hasta el postrer aliento contra una muerte inevitable, que al parecer pretende desafiar haciendo resonar el espacio con terribles mugidos. Finalmente, hace el último esfuerzo para sostenerse, su cuerpo cae sobre sí mismo como una nave combatida por las olas, su cabeza se vuelve á uno y otro lado, y sus ojos buscan aun al maldito enemigo que acaba de reducir á la impotencia una fuerza que parecía un momento antes invencible y poderosa. Cuanto más convulsivos son los movimientos del animal, más cercana está su muerte; brotan de sus narices chorros de sangre; agita contra la tierra sus cuatro patas, un temblor convulsivo hace estremecer todo su cuerpo, y reuniendo todas sus fuerzas con un mugido sin igual, se reclina sobre un costado, y queda tan inmóvil como un cadáver del que muchas horas antes hubiera huido la vida.

La primera vez que un novicio, aunque sea buen cazador, intenta matar un bisonte, constantemente yerra el tiro, que hubiera acertado sin duda alguna disparando contra algún ciervo ó gamo, pues al ver delante una masa enorme de cinco pies de longitud, desde la cerviz hasta la raíz de la cola, se figura que con tal que ponga una bala en medio de este cuerpo gigantesco interesará las partes vitales del animal. Es un error, porque para dar muerte á un bisonte es preciso herirle entre los dos omoplatos, cerca de la columna vertebral.

Durante los dos meses que pasé con mis amigos en el campamento de Ralm-o-j-or y de sus Sioux, yo únicamente maté dos bisontes; el primero recibió la bala en medio del pecho; la herida, que atravesaba el corazón, presentaba un agujero suficiente para pasar el dedo índice, y sin embargo el animal tuvo bastante fuerza para correr hasta la distancia de dos kilómetros del paraje donde le había herido. El segundo recibió dos tiros: el uno le fracturó una pierna delantera y el otro le atravesó los pulmones, y sin embargo, á pesar de su doble herida, no se rindió hasta después de una corrida desesperada que duró cerca de un cuarto de hora. Vi una vez un viejo bisonte que después de recibir diez y ocho balas á diez pasos, se lanzó huyendo con el cuerpo acerbillado como un arnero y no cayó hasta una milla más allá del sitio donde le alcanzó la descarga, sucumbiendo únicamente tras un tiro que le fracturó el hueso frontal.

Si M. Mead, uno de nuestros mejores tiradores, no hubiera sido el autor de su muerte, el bisonte hubiese quizá quedado para pasto de una de las águilas repúblicas que reinan en las praderas de los Estados Unidos.

Conviene decir que el testuz del bisonte está cubierto de un pelo tan recio y espeso, que la bala difícilmente llega á abrirse paso por él hasta el cerebro, á no ser que salga de una escopeta disparada á dos ó tres metros del animal. Mas de veinte veces he hecho la prueba, y mi bala rebota siempre y se aplastaba como si hubiera chocado en una muralla.

A pesar de la inmensa destrucción que los indios y los cazadores hacen de las manadas innumerables que animan el paisaje monótono de las praderas, muchos años trascorrirán antes que desaparezca esta raza del continente americano, y sea tan rara como en el Oriente de Europa la del uro, que solo se encuentra ya en nuestros días en las selvas polacas de Bielawitz.

No obstante los numerosos enemigos que parecen conjurarse para destruirlos, los bisontes se presentan siempre á millares en todas las llanuras y colinas del Far-West. Sería sin embargo muy oportuno que el gobierno americano buscara el medio de precaver la desaparición de tan nobles cuadrúpedos, que son el ornato de las praderas, y renuevan las provisiones de las caravanas que se aventuran á cruzar el país para dirigirse á Santa Fé ó á California. Nuestros lectores podrán formarse una idea de la cantidad de bisontes que se matan cuando sepan que todos los años se venden más de novecientas mil pieles de estos animales en los Estados Unidos y en el Canadá, y que todos estos cueros son únicamente los de las hembras, pues los de los machos son excesivamente recios y no pueden curtirse. Los indios, cuya única riqueza constituye el comercio de pieles, guardan además para su uso cierta cantidad de ellas que emplean para construir sus tiendas, camas, canoas y gran número de utensilios de la vida doméstica. Debo añadir también, para dar fin á la estadística de esta destrucción sistemática, que las caravanas que cruzan por las praderas se divierten en dejar por huellas los esqueletos de los bisontes. Finalmente, las águilas de todas dimensiones, los gavilanes y otras aves de rapina, tienen por misión dar á los huesos de esta raza vacuna la blancura que ha legado el nombre de «cementerio de los búfalos» á ciertos pasos del Oeste de los Montes-Peñascosos.

Tal vez muchos de mis lectores moverán la cabeza en señal de incredulidad al leer lo que precede, y como mi honor no me permite que se ponga en duda la ve-

racidad de mi relato, antes de terminarle, copiaré como prueba de mi aserto el siguiente párrafo extractado de una carta dirigida por el gobernador Stewens, uno de los más osados exploradores de las praderas americanas, al editor del *Dayli-Picayane* de Nueva-Orleans.

A la falda de los Montes-Peñascosos,
8 de mayo de 1854.

«El domingo, después de una marcha de diez millas, alcanzamos los bisontes, cuyos rebaños se extendían delante de nosotros y por ambos lados á tanta distancia como podía abarcar la vista; los más entusiastas de nuestros compañeros opinan que su número ascendía á 500,000, y los más moderados creen que el guarismo no debe bajar de 200,000. Al medio día, cuando nos paramos según costumbre, vimos algunos centenares de bisontes que habían llegado hasta nuestra caravana. Inmediatamente se han arrojado en su persecución nuestros seis cazadores montados en caballos reservados para este objeto, y toda la comitiva ha podido gozar el espectáculo de una caza de bisontes. Los cazadores se lanzaron á todo escape, penetraron en las filas más apiñadas de los silvestres cuadrúpedos, y pronto desaparecieron envueltos en un torbellino de polvo. No obstante, la columna de los bisontes se conmovió y emprendió la fuga exhalando formidables gemidos.

Al ver aquellos testuzes apiñados, el inmenso rebaño parecía un mar agitado, los cazadores daban vueltas por uno y otro lado, eligiendo las vacas más gordas, separándolas del resto de la manada y matándolas después sin dificultad. Cuando se terminó el combate, nuestros carros se dirigieron al campo de batalla y volvieron cargados de pieles y de trozos selectos de bisonte.

En los dos días siguientes nos vimos obligados á enviar á nuestros cazadores de avanzada para desembarazar el camino; pero el rebaño, cuya dispersión había durado poco rato, empezó á agruparse detrás de nuestra caravana y hasta á mezclarse con las mulas de carga y los caballos de reserva. A pesar de todas las precauciones, como no nos era posible conducir todos los animales por las riendas, cinco de ellos desaparecieron entre la multitud de los bisontes. En vano nos aventuramos á penetrar en aquel bosque de cuernos para recobrarlos, pues nos vimos obligados á partir y á abandonar nuestros desertores á la vida nómada de las praderas.»

Prosigo mi narración: en las praderas todos los días se pasan del mismo modo, y sin embargo, á pesar de esta monotonía, la vida en el desierto americano tiene para un verdadero aficionado á la caza, un encanto de tan irresistible atractivo, que en el momento en que escribo estas líneas, sentado junto á una buena chimenea y rodeado de todas las comodidades de la vida parisense que hacen apreciar tanto los penates de una habitación de soltero, dejaría á París sin pesar para lanzarme otra vez en las verdosas ondas del Sahara americano en persecución de los bisontes, los ciervos y los antílopes, aunque al regreso de esta nueva odisea solo debiera hallar un trozo de vaca cocida con un vaso de aguardiente en vez de una comida succulenta en casa de Vétour ó en la fonda de los Príncipes. Visité durante los diez años de mi permanencia en los Estados Unidos á algunos cazadores, que después de haber disfrutado todos los goces de la vida civilizada, habían ido á vivir por vicisitudes de su fortuna en medio de una tribu salvaje, y decían que se habían habituado por fin de tal modo á las costumbres, diversiones, azares y atractivos de la vida del desierto, que no hubieran trocado su lecho de cañas, abrigado únicamente por una mal segura tienda, por la mejor cama de plumas puesta en el palacio de un príncipe. Para comprender este atractivo, es preciso haberlo sentido.

Temeroso de incurrir en prolijas digresiones, no contaré circunstanciadamente las cazas numerosas que hicimos mis amigos y yo á las órdenes de Ralm-o-j-or, en compañía de sus Sioux, y si dijese el número exacto de los bisontes muertos durante nuestra permanencia en su campamento, nadie me daría crédito, é incurriría tal vez en la nota de exagerador.

Cuando partí en 1844 á los Estados Unidos, me llevé una excelente escopeta de la fábrica de San Esteban, de un precio regular comparativamente con la bondad del arma. Esta escopeta de dos cañones me había acompañado en todas mis excursiones, y declaro que me parecía preferible á las mismas carabinas rayadas de mis compañeros de caza. La exactitud y precisión de esta arma no pasaron desapercibidas á los ojos sagaces de Ralm-o-j-or, y había yo advertido que dirigía con frecuencia hacia ella furtivas miradas semejantes á las que lanza un enamorado á la mujer que ama. Un día, cuando se acercaba el término del tiempo que habíamos fijado mis amigos y yo para regresar á San Luis, el jefe indio me interpeló resueltamente diciéndome en su lengua expresiva:

— Mi hermano blanco posee una buena escopeta, y en vez de llevarse la debe entregarla en manos de Ralm-o-j-or, que por razón de su categoría de jefe, ha de tener un arma más excelente que las de sus súbditos.

— Consentiría en ello gustoso, le respondí, si no tuviera tanto cariño á este *weapon*, al que estoy acostumbrado, y cuya precisión me es tan notoria.

— Si accedes, añadió mi interlocutor, te daré en cambio pieles tan hermosas, que su valor compensará tu sacrificio.



EL EMPERADOR EN EL PUEBLO DE TRIVIGLIO DANDO ÓRDENES Y DIRIGIENDO EL MOVIMIENTO DE LAS TROPAS, EL 15 DE JUNIO DE 1859.

Confieso que escuché con gusto una proposición tan directa, que me dejaba aun en la alternativa de reclamar, y respondí á Ralm-o-j-or que tal vez me decidiría si el trueque equivalía al cariño que tenía á mi escopeta.

— Ven, me dijo; te enseñaré mi almacén de pieles y tomarás lo que quieras.

Seguí al jefe sioux á su tienda, y al llegar allí levantó una de las paredes móviles de su choza, exponiendo ante mis asombrados ojos un montón de pieles preciosas, martas, zorras grises y azules, armiños y otros despojos de animales que hubieran bastado para llenar la tienda del guantero mejor provisto.

— Soy, me dijo, uno de los principales proveedores de la *Compañía Norte-Americana de peletería*, y este es el producto de los últimos cuatro meses de caza. Antes de dos semanas espero aquí al agente de la compañía que se llevará todo lo que ves. Sé el primero en elegir,

hazlo como quieras, y toma el número de pieles que creas equivalente al precio de tu escopeta.

Me acordé en aquel instante solemne de que tenía en Francia madre, primas, tías y amigas, y confieso ingenuamente que no me quedé corto al usar de la libertad que Ralm-o-j-or me concedía, pues puse mi mano sin vacilar sobre veinte pieles de martas, cincuenta de armiño de pelo sin mancha y blanco como la nieve, veinte de zorros azules, seis de osos negros y ocho de bisontes.

Mientras iba eligiendo observaba de reojo á mi sioux que conservaba la mas impasible inmovilidad. Me paré por fin, y le dije con un ademán tan grave como la circunstancia requería:

— Mira si mi mano ha sido indiscreta y si mi trato te conviene.

(Se concluirá.)

El emperador en la aldea de Triviglio.

Triviglio es una población antigua á juzgar por la naturaleza de las construcciones ruinosas que aun se ven allí; existen todavía algunos arcos en forma de galería, pero es difícil reconocer cuál fué su uso; su solidez parece demostrar que pertenecieron á una fortaleza, como las que hubo antiguamente en varias ciudades de la Lombardía. Los habitantes del lugar conocen poquísimo su historia, y el autor del dibujo que publicamos no pudo sacar de ellos la menor noticia; á decir verdad, en el día posee algunas cosas notables, como sus iglesias que son muy hermosas y muy ricas. Como por todas partes en Italia abunda el mármol.

En la marcha del ejército francés, después del paso del Adda, el emperador se detuvo en Triviglio á dar órdenes para el movimiento de las tropas.



CASAS DE LA ALDEA DE BUFFALORA DESTRUIDAS POR EL CAÑÓN.